



Crónicas con luz en el fondo

RESTAURANDO EL ROTO ESPEJO DE LA MEMORIA

CRÉDITOS

PERIODISTAS Y AUTORES DE LAS CRÓNICAS:

Milagros Murillo Frías
Gilberto Pérez Rodríguez
Luis Alberto González González
Ingrid Melissa Vega Figueroa
Jessie del Carmen Ampí Pérez
Nayel Martínez Artola
Jhonny Mejías Mejías
Gloria Silvia Orellana Quintero

COORDINACIÓN:

Ondina Castillo – UNFPA
Carolina Orellana – UNFPA
Giovanna Rizzi – SICA

EDITORES:

Renato Pérez Joya
Jorge Ramírez Caro

DISEÑO GRÁFICO:

ALTERCOM-Latinoamérica
Concepto creativo: Equipo ALTERCOM-Latinoamérica
Ilustraciones de portada e internas: Olman Bolaños Vargas
Diseño, diagramación interna y portada: Marco Antonio Hidalgo Molina

COLABORACIÓN TÉCNICA:

Salvador Alberto Galdámez López

COMITÉ EDITOR:

Silvia Solano Rivera
Alexánder Cortés Vargas
Salvador Alberto Galdámez López
Carolina Orellana

REVISIÓN FILOLÓGICA:

Silvia Solano Rivera

RECONOCIMIENTOS INSTITUCIONALES:

Elena Zúñiga Herrera
Representante de UNFPA El Salvador

Erich Vílchez
*Director de la Dirección de
Seguridad Democrática del SICA*

Ana Hazel Escrich
*Secretaria General
Secretaría de la Integración Social Centroamericana*

Embajadora Tosca Barucco
Embajada de Italia en El Salvador

Ketty Tedeschi
Cooperación Italiana en El Salvador

*A las juventudes centroamericanas que
rehacen con sus vidas el roto espejo de la
memoria y tejen lazos de paz y conviven-
cia para restaurar la justicia.*

*Ocurre que el pasado es siempre una morada
pero no existe olvido capaz de demolerla.*

Mario Benedetti



- 06** PRÓLOGO
-
- 10** MILAGROS MURILLO FRÍAS
ABRIR Y CERRAR LAS PIERNAS
-
- 24** GILBERTO PÉREZ RODRÍGUEZ
ESCAPE A UNA NUEVA VIDA
-
- 34** LUIS ALBERTO GONZÁLEZ GONZÁLEZ
LA TRANSFORMACIÓN DE LA BARBIE
-
- 48** INGRID MELISSA VEGA FIGUEROA
DE LA LÍNEA A MADRID
-
- 62** JESSIE DEL CARMEN AMPIÉ PÉREZ
UN INFIERNO HECHO CIELO
-
- 74** NAYEL MARTÍNEZ A FALTA APELLIDO
GUARDIANES DEL MERCADO
-
- 88** JHONNY MEJÍAS MEJÍAS
GANARSE UNA ACERA EN LA VIDA
-
- 100** GLORIA SILVIA ORELLANA QUINTEROS
TRAGADA POR LAS FRONTERAS
-

PRÓLOGO

La Secretaría General del Sistema de la Integración Centroamericana (SICA) y el Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA) presentan esta recopilación titulada “Crónicas con Luz en el Fondo”, fruto de un largo recorrido y vivencias compartidas con periodistas de prensa escrita de los países de la región Centroamericana.

Este ‘compartir’ comienza a finales de febrero del 2011 con un curso regional de periodismo restaurativo, conducido por un prestigioso equipo de la Facultad de Periodismo Social de la Universidad Nacional de La Plata-UNLP, bajo el liderazgo de Cristian Alarcón, reconocido escritor y Maestro de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano-FNPI, creada por Gabriel García Márquez en Colombia.

Durante una semana 33 periodistas provenientes de cada país de Centro América (aproximadamente 5 por país) debatieron intensamente en torno al concepto, muy incipiente y novedoso en la región, de periodismo restaurativo, puesto que apropiarse de la filosofía restaurativa significa cambiar el lente de lectura de la realidad y de comprensión de los fenómenos de la violencia.

Se trata de una mirada mucho más profunda que analiza los complejos procesos que conducen a la restauración de los lazos rotos en las relaciones familiares y comunitarias, el diálogo entre víctimas y victimarios, la toma de conciencia del daño generado y el rol vigilante y pro activo de la comunidad en la prevención y resolución de los conflictos.

El hacerse responsable del daño causado por parte de la persona que ofendió, punto central en justicia restaurativa, no pasa solo por métodos correccionales o castigadores, sino por la activación de parte de la o del mismo joven, de recursos positivos y capacidades pro-sociales que conllevan al empoderamiento y a la adquisición de competencias humanas y sociales, que se afianzan en el poder transformador del diálogo.

La o el periodista restaurativo tiene que ser cuestionador de las formas estigmatizantes con las cuales los diferentes medios de comunicación tratan la problemática juvenil, para crear una nueva narrativa que interpreta el hecho delictivo como un proceso relacional dinámico, algo que sucede entre personas y tiene que resolverse entre personas, con una mirada puesta en la reconstrucción de las relaciones rotas y los vínculos entre las dos personas, víctima y ofensor, y el grupo social en su conjunto.

La narrativa restaurativa debería mostrar que la persona ofensora puede volver hacia la sociedad y tomar conciencia del daño causado a la persona ofendida y a la comunidad, restaurando relaciones de confianza en ella. La propia comunidad, por su parte, puede ser capaz de reconstruirse y de ser más fuerte alrededor de la persona ofendida y de la que ofendió, convirtiéndose en una parte integral de su proceso de reparación, restaurándose e innovándose a su vez.

Estas ocho crónicas representan un primer ejercicio hacia la construcción de ese periodismo consciente y responsable que quiere ir a las raíces de la violencia y reconstruir los difíciles recorridos psicológicos y sociales que inducen a entrar en el circuito de la

violencia, ese periodismo que narra aquellos procesos de toma de conciencia liberadores y transformadores del ser humano, dictados por impulsos internos de restauración del “roto espejo de la memoria” y la creación de mejores niveles de relaciones cimentadas en el aprendizaje de tan dolorosas experiencias.

Nos complace presentar estas crónicas que constituyen una importante contribución al cambio de paradigma periodístico aplicando el enfoque de justicia restaurativa que indudablemente deberá irse fortaleciendo a través de la práctica periodística.

La presente publicación es uno de los resultados del proyecto “Desarrollo de políticas e iniciativas a nivel regional a favor de las y los jóvenes en riesgo social y en conflicto con la ley”, co-ejecutado por el UNFPA y el SICA entre el 2010 y el 2012 y financiado por la Cooperación Italiana; y del componente de formación especializada en justicia restaurativa de tres actores regionales considerados clave: operadores de justicia, periodistas de prensa escrita y jóvenes de los países miembros del SICA.

Además, el proyecto ha contribuido a la formulación de propuestas de políticas públicas y líneas estratégicas de acción para la prevención de la violencia que afecta a la juventud, bajo un enfoque de justicia restaurativa en Panamá, Costa Rica, Nicaragua y Belice y al fortalecimiento de redes juveniles existentes en la región centroamericana.

A través del presente expresamos nuestro agradecimiento a las Jefaturas de Redacción y a la Dirección de cada uno de los 23 periódicos de los países centroamericanos, por brindar su apoyo y respaldar la participación de 33 periodistas (21 mujeres y 12 hombres) en los foros regionales y los talleres nacionales que se han realizado.

Erich Vílchez
Director de Seguridad Democrática
SG/SICA

Elena Zúñiga Herrera
Representante UNFPA
El Salvador

Crónicas con luz en el fondo

RESTAURANDO EL ROTO ESPEJO DE LA MEMORIA

ABRIR Y CERRAR LAS PIERNAS

Milagros Murillo Frías



Milagros Murillo Frías

Nació el 18 de febrero de 1985 (Panamá). Licenciada en Periodismo, egresada de la Universidad de Panamá en el 2007. Actual editora y columnista del diario *DÍAaDÍA* de Editora Panamá América S. A (Epsa). Amante de la naturaleza, la playa y la lectura.

Correos: milagrosmurillo18@hotmail.com
milagros.murillo@epsa.com

Síntesis

Abrir y cerrar las piernas se basa en la vida de Marisela, una joven panameña que, a los 16 años, por influencia de una *amiga* se inicia en el mundo de la prostitución—explotación sexual comercial. En ese mundo, experimenta la desmoralización de ofrecer su cuerpo por dinero, muchas veces mal habido, que la lleva a perder el control de su vida. Marisela, a través de su nuevo oficio se convierte en Noemí. Con seis años inmersa en el oficio comprende que abrir las piernas no es solo una entrada de dinero, sino también la entrada de problemas en su vida personal, familiar y social. Cuando cree que todo está perdido, un cliente llega a su vida y la ayuda a tomar la decisión de cerrar las piernas y abandonar el oficio. Marisela tuvo la dicha de toparse con una persona que la apoyara y le ayudara a dejar ese mundo. Otras muchas mujeres no tienen igual suerte y continúan atrapadas en las garras de este flagelo.

Con esta historia se busca llamar la atención a la sociedad sobre la explotación sexual comercial y poner de manifiesto que esta situación no es normal o común, sino que se trata de un delito. El llamado de atención es también para los padres para que estén pendientes de lo que hacen sus hijos.

ABRIR Y CERRAR LAS PIERNAS

MILAGROS MURILLO FRÍAS

Apenas hacía un año desde la gran fiesta de los quince. La edad de las ilusiones pasó casi por alto ante Marisela, cuya delgada silueta se convirtió en su herramienta de trabajo. En dos horas ganaba el dinero que su madre cobraba por ocho horas laborales durante 15 días. Eso era mucho más de lo que tuvo de regalo en su fiesta de cumpleaños.

Cada mañana se levantaba a las 5:30 a.m. para alistarse e ir al colegio. Cursaba el quinto de secundaria, pero bajo su camisa blanca, falda azul y cabello peinado, su mente y su corazón estudiaban y estructuraban las estrategias para mantener bien guardado un gran secreto, ese del que no se enorgullece, pero reconoce que le dejó una gran lección de vida.

De fondo escuchaba la algarabía de los muchachos en recreo. Mientras intentaba controlar sus nervios, sentía cómo su piel se erizaba, sus manos sudaban y el corazón quería salirse del pecho al ver la camioneta dorada que llegaba a buscarla a la hora prevista. El vidrio del puesto del pasajero bajó a la mitad y desde adentro una voz de hombre le dijo:

—Sube.

—¡Hola! —Alcancó a susurrar, mientras los ojos de su primer cliente la desnudaban.

No hubo estrechamiento de manos, no había tiempo más que para dirigirse a un lugar privado. El tiempo valía oro, bueno, dinero...

—La tarifa son 200 dólares —volvió a susurrar, con la esperanza de que el cliente cambiara de parecer y la dejara en la siguiente parada.

—¡Ah! doblaste la tarifa. Por teléfono me dijiste cien... De acuerdo, vamos a ver si te lo ganas. Si lo haces bien te doy una propina.

Un silencio incómodo se hizo presente, mientras que poco a poco se iban acercando a ese lugar que ella solo había alcanzado a ver desde el bus y del que, por lo menos en su casa, nunca se había hablado.

La puerta eléctrica fue bajando poco a poco... No había marcha atrás: era hora de cumplir lo que muchas veces había estado en su mente y que distaba mucho de ser una luna de miel después de una hermosa boda con su galán. No lanzaron un ramo de flores, no hubo aplausos, no hubo felicidad... Las lágrimas rodaron por sus mejillas pintabas con rubor rosado. Aún hoy, ocho años después, su mente se paraliza momentáneamente. Prefiere no recordar con detalles el día en que perdió su virginidad.

—Estuviste bien, espero que la próxima sea mejor. Vístete que nos tenemos que ir... —y le entregó los primeros 250 dólares que se ganó ejerciendo su nuevo oficio.

Una mezcla de inocencia, falta de consejo, ¿búsqueda de ingresos? ¿un engaño?, provocaron que Marisela se iniciara en un mundo peligroso, oscuro, en el que ella admite que a pesar de todo corrió con suerte. Escuchó a muchas otras jovencitas que fueron violadas y golpeadas por quienes pagaban.

La suspicacia de Marisela la llevó a notar que Tania, una compañera de colegio, tenía una doble vida. Llamaba la atención

ver cómo una adolescente, cuyos padres no eran adinerados, siempre tenía dinero en su cartera con detalles escarchados; las constantes salidas a almorzar, la ropa nueva y las idas al cine generaban envidia entre las estudiantes del salón de clases. Poco a poco Marisela fue entrando a ese exclusivo grupo social de Tania que, no hay duda, rompió todas sus expectativas.

El gran secreto le fue revelado. Tania, la famosa y adinerada compañera, no aguantó la lengua y un día le confesó que aparte del colegio trabajaba en un oficio del que nadie más podía saber. E invitó a su amiga a hacer lo mismo. “Noemí” fue el nombre escogido por Marisela para adentrarse a la nueva experiencia, no había mucho que hacer, solo tener la valentía, desear mucho dinero y sacarle provecho a las bondades que Dios le dio.

“Ella me pintaba todo color de rosa, me hablaba de que le pagaban por estar con los hombres y que eso se ayudaba económicamente a sí misma como a su familia. Me decía que no era mucho lo que había que hacer y que no interfería con el horario de clases”.

Marisela no tenía necesidad, humildemente su padre y su madre se preocupaban por darle, a ella y a su hermano mayor, lo que necesitaban y los estudios eran lo primordial. “Uno como adolescente quiere plata para gastarla en ropa y cualquier cosa que le llame la atención y yo, aunque sabía que no estaba bien, opté por abrir las piernas”.

Y es que, un día, la tentación y la insistencia de Tania se juntaron y finalmente Marisela aceptó. Conseguir el primer cliente fue fácil, solo bastaron un par de llamadas... Los predios del propio colegio, justo después de terminar exámenes bimestrales, fueron el lugar del primero de muchos encuentros. Y es que, ese hombre, su primer hombre, aquel que le pagó los primeros 250 dólares de su vida, la llamaba para verla hasta tres veces por semana. Luego Tania le habló de otros clientes y así fue cómo, ya convertida en Noemí, fue ganando terreno en el negocio, tanto así que había días que se veía hasta con cuatro, teniendo que "hacer magia" e incluso ausentarse de clases. Lo mínimo que cobraba eran 150 dólares, y entre el orgullo y la vergüenza aseguró que se lo daban sin regatear.

Pero Marisela y Tania no eran las únicas estudiantes con doble vida: al menos cinco alumnas de ese plantel, todas menores de edad, recibían dinero por sexo y, sin saberlo, se sumaron a las cifras de adolescentes víctimas de explotación sexual comercial y sus clientes cometían un delito penalizados hasta con ocho años de prisión.

Guardar las apariencias no fue fácil. Para ello daba rienda suelta a la imaginación y las excusas por lo menos dejaban satisfechos a sus padres cuando le cuestionaban de dónde sacaba dinero para pagar sus gastos. Más de una vez fue objeto de rumores entre sus compañeros y compañeras, pero a ella nadie la podía acusar de ser puta, porque nadie la había visto.

Sin darse cuenta, pasaron los años, Marisela prefería pensar que necesitaba el dinero y que economizaba gastos a sus padres para justificar su acción. Sin embargo, había algo que no la dejaba en paz: cada encuentro sexual le hacía más profunda la herida que, a pesar de la buena paga, le dejó su primer encuentro.

Pero, ¿qué pasa cuando se tienen todos los motivos para dejar lo que te hace daño y no lo haces? ¿En qué quedarán mis salidas, compras y entradas de dinero? Se preguntaba... ¿Con quién y cómo busco un consejo, una mano amiga, si lo único que tengo son colegas que al igual que yo tratan de ocultar la tristeza y la vergüenza bajo

el maquillaje? ¿Cómo decirle a mi familia lo que me ocurre, si ya ni siquiera con ellos tengo una relación?

La carga se hacía cada vez más pesada. Las bajas calificaciones, las ausencias, el constante cansancio y el no tener excusas que dar para justificar sus altos ingresos económicos, empezaron a hacer merma en ella. ¡Había que parar! Pero estaba segura de que no sería fácil. Aún así, siguió, incluso pagó sus gastos de graduación, tuvo que inventar una excusa más, pero no fue difícil decirle a su papá y a su mamá que pertenecer a la asociación de graduandos la exoneraba de esos gastos. "Ni siquiera me servía tener tanta plata, si no la podía gastar para no llamar la atención".

Una madre siempre sospecha que algo no está bien, ella observa y lastimosamente, a veces calla, quizás por no enfrentar la realidad y preferir creer en la palabra de su hija de quien nunca había tenido quejas... Cuando estaba en la universidad, la mamá de Marisela volvió a inquietarse nuevamente, pues la joven cubría sus gastos de transporte y de libros sin ayuda de sus padres y hermano, por lo que en esta ocasión recurrió a una nueva invención: un falso trabajo sacando fotocopias en la universidad.

A ella nunca se le vio pescando por las calles, casinos o bares. Era exclusiva, se manejaba con clientes fijos y por citas. Las llamadas a su teléfono celular no paraban, su correo electrónico se volvió casi su mejor amigo y su mente, su único confidente. "Sentía que no tenía control de mi vida, muchas veces deseé borrar me del mapa para que no me llamaran más...". Quería empezar de cero, pero era tarde: "Ni todo el dinero que había ganado ni todas las cosas que tenía, me ayudaban a sentirme mejor, a aliviar esta carga". Ella, contrario a cualquier chica de su edad, no tenía tiempo ni ganas de tener un novio. Fueron muchos los pretendientes, pero ninguno pasaba de un intento fallido. No había amigos, no había familia, no había vida...

Repentinamente, su mirada se perdió en la nada, pero su voz tomó fuerza al referirse a él. "Fue más que un cliente".

Aquella noche extrañamente hizo algo que nunca había hecho. Las miradas con un desconocido se cruzaron... lo suficiente para

lograr un nuevo cliente, pensó. Él no le fue indiferente y en menos de lo que canta un gallo ya estaban conversando. Las risas cómplices en medio del bullicio de la terminal de transportes hacían ver que era una pareja en pleno cortejo. Noemí estaba convencida de tener todo bajo control...

La pregunta inevitable entró al ruedo.

—¿A qué te dedicas? ¿Qué te gusta hacer en tu tiempo libre?

—Soy estudiante y trabajo medio tiempo —dijo ella, seguida de unos segundos de silencio. Mientras en su cabeza se preguntaba ¿a qué hombre le importa a qué me dedico? ¡Que me pregunte cuánto cobro y ya!

Erick sabía que había algo más, pero siguió su juego hasta que llegó la hora de marcharse, no sin antes pedir una cita para un próximo encuentro.

Había algo más allá de esa mirada que la había marcado, que hacía mucho no había sentido, no lograba entender que ese hombre no la veía como mercancía, la veía como una mujer, sin saber la verdad, la veía como la Marisela que había dejado de ser... ¿Qué me pasa, será que estoy perdiendo mis encantos? ¡Hacía tanto que no había estado con un hombre fuera de la cama!

Pasaron dos días hasta que llegó la primera cita, las ansias de encontrarse con su nuevo amigo y futuro cliente llegaron con el amanecer de aquel viernes de junio que cambió su vida para siempre.

—Mi nombre real es Marisela —dijo tajantemente. Y antes de asimilar sus palabras, las lágrimas volvieron a rodar por sus mejillas maquilladas. Le había contado a un desconocido su vida, su secreto mejor guardado... "Aún no sé porqué lo hice, se supone que lo llevaría a la cama y él me pagaría por eso. No fue lo planeado".

La realidad también golpeó a Erick, quien tampoco entendía cómo esa mujer que hacía dos días había conocido, le confesó algo así. No pudo disimular su asombro, una ráfaga de pensamientos pasó por su mente, pero solo alcanzó a responder con una pregunta:

—¿Quieres dejarlo?

—No lo sé —sollozó.

—Quizás sea el momento...

—Ha pasado mucho tiempo.

—Dice el dicho que nunca es tarde cuando la dicha es buena —le refutó, apretándole sus cuidadas manos.

La noche cayó rápidamente, Marisela llegó a su casa más temprano de lo normal sin que sus padres sospecharan lo que había en su cabeza y en su corazón. Ese día, después de seis años, durmió profundamente.

La decisión no fue fácil. Los clientes apremiaban y sus amigas no paraban de contar sus nuevas experiencias con nuevos contactos que pagaban mucho más. Ella no les podía quedar mal, tenía que cumplir...

Pero al terminar el día, en la soledad de su cuarto, donde muchas noches lloró su amargura, recordaba las palabras de Erick, ese desconocido que no dio un peso por ella, que nunca tocó su cuerpo, pero que le llegó al corazón al hacerla entender que "nunca es tarde" para hacer que nuestra vida sea diferente.

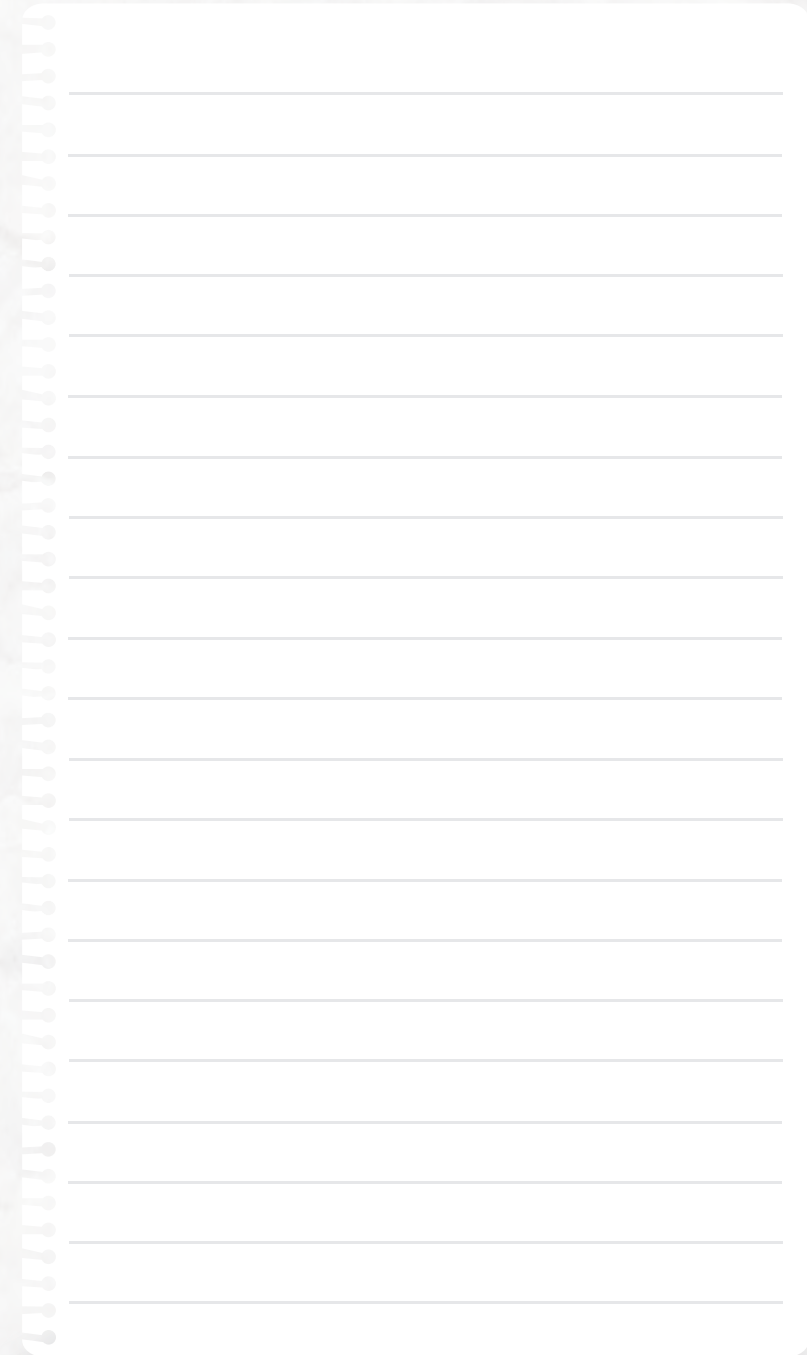
"El día ideal para dejarlo todo jamás llegaría hasta que yo no lo buscara. Lo primero que hice fue deshacerme de mi teléfono de contactos y cerrar los correos electrónicos sin confesarle a mi familia todo lo que viví".

Desde ese día ya van dos años. "Algunos clientes han dado con Noemí y simplemente les he dicho que dejé eso, y por fortuna, han comprendido sin insistir".

No ha sido fácil adaptarse, ajustarse a un salario mensual que no llega ni a la mitad de lo que ganaba por semana con solo 16 años y pagar una maestría universitaria. No fue fácil volver a cerrar las piernas...

“Noemí siempre estará allí, pero he aprendido a vivir con ella. He aprendido a volver a ser Marisela... Lo que hice no es nada que me enorgullezca, pero es un pasado que me enseñó y que hace plantearme un nuevo rumbo”. Y un pasado que volvió hace poco, cuando una tarde cualquiera se topó de casualidad con aquella amiga que la indujo a entrar en todo ese mundo y que sin escrúpulos le preguntó si deseaba volver.

Marisela está segura de la respuesta, pero más segura está de que ahora que la encontró, no descansará hasta lograr que Tania, así como un día le preparó el camino para iniciarse en el mundo de la prostitución o explotación sexual comercial, se dé cuenta de que también es víctima y que toda esa violencia que ha vivido puede cambiar, y que es importante hacer visibles esas estructuras criminales y trabajar por eliminar esa permisividad social injusta que continúa violentando niñas y mujeres.



ESCAPE A UNA NUEVA VIDA

Gilberto Pérez Rodríguez



Gilberto Pérez Rodríguez

Nació el 3 de noviembre de 1980 (Panamá). Lleva cuatro años trabajando en el diario *El Siglo*. Ha estado a cargo de las secciones de Economía, Nacionales y Políticas. En la actualidad tiene a su cargo la sección de Crónica Roja. Además colabora en la publicación mensual del Informe sobre la criminalidad de Panamá.

Correos: gilbertoprensa@yahoo.com
gperez@elsiglo.com

ESCAPE A UNA NUEVA VIDA

GILBERTO PÉREZ RODRÍGUEZ

Síntesis:

Aldair Ramírez es un joven de las barracas más peligrosas de ciudad de Panamá. Allí, los adolescentes solo tienen dos caminos: ser parte de Los hijos de la plata o ser parte de Los niños de la tumba fría. Esta última opción se convierte en el camino de Aldair. Dentro de esta pandilla, Aldair sabe que o mata o lo matan. Sin embargo, allí conoce al Pastor Víctor Sánchez, un hombre decidido a restaurar a jóvenes, familias y niños a través de la fe. Ese es el nuevo camino que le mostrará a Aldair.

Con el asesinato de su mejor amigo, su hermano José, Aldair cae en la cuenta de que es necesario hacer un alto en la alocada y suicida rutina que tiene como miembro de Los niños de la tumba fría. Pero ese camino hacia la libertad no será fácil, ya que la banda no permitiría que la abandone con el pretexto de estar cansado de las calles. Aldair se ve acorralado entre el deseo de salir de las barracas y el sentimiento de culpa por abandonar a la única familia que ha conocido. Aunque esta situación se convierte en una excusa para él y para la juventud de La Magnolia, lucha día con día contra sus demonios.

Con esta historia se pretende visibilizar la realidad de muchos jóvenes centroamericanos que anhelan salir de la delincuencia. Para lograr esa meta, necesitan de un apoyo que no están encontrando. Esperamos que esta historia sensibilice a organizaciones, gobiernos y entes projuventudes para que apoyen, fomenten y procuren programas de restauración.

A la barraca La Magnolia solo entran los habitantes de sus 15 apartamentos. El viejo caserón de madera está vedado para cualquier extraño. Ahí solo entras si eres parte de la Policía Nacional. Si te atreves, estás en peligro. El pastor Víctor Sánchez aprendió esta lección en su primera visita a La Magnolia. No había subido el primer escalón cuando sintió el frío metal de una pistola en su cabeza.

Al igual que La Magnolia existen más de 40 caserones regados en la capital de Panamá. Esta barraca es el bastión de una de las bandas delictivas más peligrosas de la ciudad: Los niños de la tumba fría, quienes se disputan con la pandilla Los hijos de la plata, un terreno que va desde la calle 12, pasando por la Central, hasta la piscina de Plaza Amador.

A muchos de los adolescentes de la zona no les queda otra que integrarse a una u otra banda. El centenar de jóvenes que integran estos grupos no han terminado el sexto grado o abandonaron la secundaria cuando apenas empezaban. Este es el caso de Aldair Ramírez quien ha jurado fidelidad a Los niños de la tumba fría y es quien atracó al pastor Víctor Sánchez y quien en muchas ocasiones ha defendido a muerte el territorio de su banda.

Cuando Aldair habla, estira su brazo derecho y muestra una culebra que escupe fuego. El dibujo del reptil le nace en el codo y termina en su muñeca. Con orgullo afirma:

—La culebra no da pie al error cuando ataca. Si no son ellos, eres tú.

Asiente con la cabeza como si se tratara de una sentencia a la que no se debe poner objeción.

A sus 15 años ha visitado El Centro de Cumplimiento de Menores en varias ocasiones. También ha dormido decenas de noches en la cárcel preventiva por estar de madrugada en las calles. El chico nunca conoció a su padre. A su madre la aqueja una enfermedad que

eventualmente la postra en cama. Con el historial que tiene hay pocos o ningún familiar que lo quiera dentro de su casa.

A Aldair lo conocí en el templo La Felicidad, ubicado a dos cuadras de la barraca. Desde hace tres meses el chico asiste puntual y religiosamente a escuchar el sermón del Pastor Víctor Sánchez.

Siempre se sienta al final de la quinta fila, a un costado de la puerta del baño, por si acaso deba ejecutar un improvisado plan de fuga, en caso de una emboscada.

—Es ridículo esconderse en la iglesia. Las bandas saben que el templo es intocable y que a los varones¹ se les respeta —aclara el pastor.

Pero el adolescente está convencido de que con el enemigo no hay trato. Lo único que lo mantendrá vivo será su instinto de supervivencia.

La iglesia a la que asiste Aldair es acogedora. Con una sonrisa de oreja a oreja un hombre alto, moreno, le estrecha la mano a cuantas personas entren al templo. La prédica de la noche versa sobre la actitud de Abraham cuando Dios le pidió que sacrificara a su único hijo.

Cada vez que el pastor grita ¡Quién Vive! la congregación le responde en coro ¡Cristo!

—A su nombre —vuele a preguntar.

—Gloria —le responden los feligreses.

El pastor lanza una pregunta que alborota a la congregación. Les ha dicho que hay cosas que todavía no le han entregado a Dios.

—Habla papa... —responden unos.

1 Expresión popular para referirse a los pastores o servidores en las iglesias.



Sin que el pastor los haya llamado, un grupo de personas se acerca al púlpito. Todos tienen las manos extendidas al cielo. La sala está cubierta por un ambiente de espiritualidad. La mayoría llora, pide perdón, otros caen al suelo. Cada uno parece tener una conexión con Dios. Aldair, quien está en el grupo, llora como un bebé, mientras otros chicos lo abrazan.

Aldair podría ser aquella oveja que se extravió del rebaño, en la parábola que Jesús una vez contó a sus discípulos. De niño fue a la iglesia, pero la presión de la calle y los conflictos a raíz de la separación de sus padres lo sacaron del templo a los diez años.

En muchos momentos Aldair se pregunta ¿regreso al rebaño o sigo en la pandilla de Los niños de la tumba fría? Precisamente eso es lo que no ha definido. Va a la iglesia, pero sigue perteneciendo a la banda. De hecho, está encargado de reclutar nuevos integrantes para fortalecer la pandilla.

—Es una doble vida en la que estoy, pero qué más me queda —responde cuando se le pregunta qué decisión va a tomar.

—Fui a la iglesia después de que mataron a José, mi amigo...

José un joven de 16 años fue asesinado cuando robaba un carro de reparto de mercancía. Un día antes del asalto ambos se pasaron toda la noche conversando con otros miembros de la banda.

A partir del robo, reflexionó sobre la necesidad de cambiar de vida y hacer un alto en la alocada y suicida rutina que tiene como miembro de Los niños de la tumba fría.

—José era mi hermanito, nos criamos juntos. Ese pelao jugaba bien al fútbol, si no lo hubieran matado, te aseguro que hubiera tenido un buen futuro —me responde.

De inmediato se sume en el silencio. Quizás recordándolo, quizás lamentando que ya no está a su lado. Luego da un salto desde el muro en que estaba sentado. Se reincorpora. Toma una bocanada de aire, exhala y se jala la crespada desordenada. Periódicamente los miembros de la pandilla deben sentarse sobre el muro, pues este les permite tener una visibilidad clara de lo que ellos llaman su territorio.

La banda no permitiría que uno de sus miembros, bajo el pretexto de estar cansado de las calles, la abandone. El rechazo de sus amigos no es lo único que atormenta a Aldair. Los hijos de la plata también lo acechan. Aldair está seguro, como que dos más dos son cuatro, de que si sale de la banda perderá a quienes le cuidan la espalda y, en el peor de los casos, ganará nuevos enemigos.

Pero no es el único chico que pelea con sus demonios. Al templo La Felicidad asisten una decena de jóvenes que alguna vez pertenecieron a pandillas. Cada uno ha hecho lo propio para salir adelante.

—Han entendido que la vida loca es corta y que no vale la pena estar delinquiendo —explica el pastor—. Que un joven salga de las pandillas es una tarea compleja que nos afecta y es responsabilidad de todos. Los cabecillas de banda no quieren que su grupo se desarme. Existe un código de respeto para nosotros los pastores aunque en algunas ocasiones desatienden el acuerdo.

Muy discretamente se acerca Víctor, quien lleva 15 años en el evangelio y comenta: “Nadie ha dicho que salir es fácil. La calle llama. La tentación siempre está presente; pero tu decisión, tu empeño y el amor de Dios todo lo hace posible”.

Víctor le ha propuesto a Aldair que deje La Magnolia, que se mude de área para empezar una nueva vida. “Sonaría bien un cambio de vida” —expresa el chico—, pero cómo hago si lo único que me sustenta es la banda.

Los intentos, a mediados de agosto de 2012, por lograr una tregua entre las bandas han sido infructuosos. Cada grupo quiere preservar su territorio e invadir el de su enemigo. Jamás ceden un

terreno, cada día se lanzan al ataque, en el que cada cuadra ocupada es un logro.

La amenaza de que el enemigo avance a La Magnolia, hace que la opción de escapar resuene cada vez con más fuerza en la cabeza de Aldair.

Las últimas semanas ha pasado llorando durante la prédica. Es una mezcla de sentimientos que dice no poder explicar. Una efervescencia lo ha contagiado. Tanto así que está leyendo el Nuevo Testamento. Últimamente asiste de viernes a domingo a la iglesia. Aunque está seguro de que es el camino correcto, se resiste a renunciar a la banda.

Tal decisión la describe como una encrucijada: debe escoger a quienes se criaron con él, a ese grupo de chicos que saldrían a dispararle a cualquiera que lo amenace o a ese sentimiento, mezcla de alegría y paz, que siente desde que visita el templo La Felicidad. Pastor, feligreses, niños y jóvenes viven en un mundo de heridas, de dolor, de esperanza y la lucha de Aldair es en el fondo la lucha de todos por tejer una convivencia justa y pacífica.

Que Aldair deje de llorar mientras escucha la predica o que baje el muro desde el cual cuida el territorio de los niños de la tumba fría, no es fácil y menos cuando en aquellos viejos caserones de Las Magnolias no hay más que esa iglesia que sirve de refugio o única excusa a los jóvenes que como Aldair pelean con sus demonios día con día.





LA TRANSFORMACIÓN DE LA BARBIE

Luis Alberto González González



Luis Alberto González González

Nació el 19 de febrero de 1972 (Panamá). Licenciado en Periodismo por la Universidad de Panamá. También estudió Ciencias de la Información, gracias a una beca de la Universidad Politécnica de Valencia, España. Actualmente trabaja como editor en el diario *La Estrella de Panamá*, donde ha sido jefe de información y cierre. En el 2010, la Sociedad Interamericana de Prensa le hizo un reconocimiento honorífico por su publicación “Droga en América, una investigación sobre el narcotráfico en la región Latinoamericana y Estados Unidos”. También recibió de parte del Fórum de Periodistas de Panamá un premio nacional de prensa por su publicación “Crisis en el boxeo panameño” (2012). Sus principales intereses son el periodismo investigativo, la literatura y la cultura global. Además, pinta y trabaja una novela desde el 2003.

Correos: lgonzalez@laestrella.com.pa
laggon19@hotmail.com

Síntesis

La transformación de la Barbie describe la conversión de Eric Batista, un exsicario panameño, que en la cárcel se encuentra consigo mismo y decide reparar el daño que hizo a otras personas. En su nueva vida decide crear un movimiento para sacar a jóvenes de las pandillas y a pesar del dolor por la muerte de su único hijo, un menor de edad que pagaba condena por posesión de arma y pandillerismo, mantiene su misión de poder salvar a otros ayudando a la policía, autoridades y a las iglesias.

El principal objetivo de esta historia es mostrar un ejemplo de esperanza para nuestras sociedades, poniendo de relieve que siempre se puede dar un giro en la vida para hacer el bien, en vez de seguir en el mal.

LA TRANSFORMACIÓN DE LA BARBIE

LUIS ALBERTO GONZÁLEZ GONZÁLEZ

Tacones rojos, trajes de seda escotados, carmín y una peluca de mujer sobre su cabeza rapada presagiaban que alguien iba a morir. Así se disfrazaba Eric Batista. Así transportaba la guadaña en un taxi para ejecutar a sus víctimas. ¡Vayan y no demoren! ¡Aquí los espero! Podía ser en Panamá u otro país como México. El resultado era siempre el mismo. ¡Listo pues! ¡Arranque Barbie que le va a crecer la barba!

Esa vida oscura quedó en el pasado. Ahora, a sus 43 años, este hombre de piel morena rescata a miembros de pandillas para reintegrarlos a la sociedad. Lo hace desde hace años después de su conversión en la cárcel La Joya.

La primera vez que lo vi para entrevistarle, en medio de sus confesiones, paró de hablar y se le aguaron los ojos. En su mente, como un rayo, cruzó el recuerdo de su hijo fallecido. Era jueves. Estábamos sentados entre comensales en un café de la Plaza Edison, en la vía Tumba Muerto de la metrópolis panameña, cerca de su trabajo. No pudimos seguir, suspendimos la charla hasta otro día.

El domingo siguiente llegó puntual a nuestro encuentro en la esquina del supermercado El Machetazo, en Calidonia. Tras el saludo caminó hasta un almacén de artículos cercano. Yo le seguí los pasos pensando en los riesgos. Los empleados lo reconocieron con sonrisas, habló con la que ha sido su madre postiza y en un minuto salió para seguir a pie hasta Curundú, uno de los guetos ciudadanos en los que solo sus residentes se atreven a entrar.

En el camino, Batista retiró ropa planchada en un local de chinos.

—Mañana lunes entro más temprano a trabajar —sonrió. Luego se apuró cruzando la Avenida Nacional y pronto dejamos atrás el viejo estadio Juan Demóstenes Arosemena.

Aparecieron ante nuestros ojos los edificios blancos con verde del proyecto de renovación de Curundú. Los nuevos edificios ya se elevaban como legos nuevos que no encajaban entre las barracas de madera añeja —originales de la época en que se construyó el Canal— y las corroídas estructuras multifamiliares construidas en la época en que Panamá soñaba con los rascacielos.

Batista dobló entonces a la izquierda, hacia la entrada de la estación de la Policía, sin detenerse entre los saludos de las unidades policiales.

—¡El mayor ya está allá! —le voceó uno de los uniformados apostado en la calle, al verlo pasar la entrada.

—¡Ya empezaron! —asintió él enseguida, desviando la caminata otra vez hacia la calle. —Vamos pa'llá —me dijo.

A escasos 500 metros lo esperaba otro escenario de reales ilusiones. Notas musicales desde enormes bocinas daban ambiente a los anhelos de chicos y grandes.

¡Belén! Campanas de Belén, que los ángeles tocan qué nuevas me traéis...

—¡Varón de Dios! —le gritó un viejo desde la acera. Otros hombres hicieron lo mismo en la cadena de saludos mientras caminaba.

—¡Bendiciones! —respondía alzando una mano.

Ya en la barraca de Patio Rochet, allí mismo en la calle donde tres meses antes había sido asesinado un adolescente por disparos desde un vehículo en marcha, señoras con nenes en brazos, o dando pecho, ancianos y chiquillos corriendo por todos lados, departían con los policías de manera tan inusual, que parecía la realización de un cuento de hadas. Muchos formaban filas para recibir comida, juguetes, ropa y zapatos. Y curiosamente en aquel cuadro también se habían unido los miembros de la parroquia católica Santa Marta con los de una congregación evangélica del sector, quienes entregaban las bolsas navideñas junto a los uniformados.



Varios pandilleros y jóvenes que dejaron las armas se pararon en las aceras como mirones y cuando tomaron confianza, empezaron a mezclarse entre la gente y los *policías Santa*, bajo el mando del mayor Raymundo Barroso.

Barroso estrechó las manos a Batista. El exbarbie, desmaquillado, se unió de inmediato a la labor de ayuda.

¿Pero alguien con un pasado torcido puede enderezar su camino para dar buenos frutos en el presente?

—En Curundú estamos logrando que disminuya la delincuencia —dijo el mayor—. Sabemos que no todos van a cambiar, por eso hombres como Eric Batista son la nueva fuerza que está mediando con esa mínima parte, con los líderes de grupos delictivos, para que dejen esa vida, así lo hacen otros —destacó después.

El objetivo de la actividad dominical era dar una cara de alegría a unas 150 personas, incluidos 60 niños y niñas, quienes por su pobreza quizás no tendrían nada para Navidad. La Policía, según Barroso, buscaba con esto mirar la situación de pobreza en la comunidad intentando darles algo de alegría y esperanza.

Batista enderezó su camino hace años. Se entregó a una vida nueva como evangelista en 2003, mientras cumplía una condena de cinco años por secuestrar a una mujer con la que tuvo un romance y quien se había aliado a un grupo enemigo.

En la cárcel La Joya, las celdas abarrotadas de cuerpos humanos pagando sus delitos son como mazmorras en las que únicamente cabe el derecho a sufrir y a reflexionar. **Ahí encontró la luz.**

— Se reflexiona mucho de lo malo que uno hizo y lo que no hizo. Yo pensaba mucho en mi hijo, mi mamá. Así a la ve' uno sufre.

Allí, un día, escuchó a los evangélicos predicar y sintió esa iluminación que la mayoría de los privados de libertad dice que es el llamado de Dios. Supo que de esa manera podía reparar el daño que hizo a otros.

Consiguió una Biblia y se empeñó en leerla hasta de madrugada. Empezó a orar, a predicar en las celdas y pabellones, sin temor a que hubiese enemigos. Le apodaron El Predicador. Al ser liberado comenzó su labor de hormiga para crear un Movimiento Antipandillas para sacar a jóvenes de la delincuencia, realizando jornadas para convencerlos de dejar las armas. Con el tiempo, su transformación lo ha llevado a dar charlas en las cárceles y barrios rojos panameños y de otros países como Honduras, donde ha sido invitado por las autoridades. Además labora como promotor juvenil del Ministerio de Desarrollo Social de Panamá, como parte de la estrategia para prevenir la delincuencia.

Ese jueves en el café de Plaza Edison, antes de que se aguaran sus ojos, me había confesado parte de su pasado. Al recordar a Alecito, su único hijo, se desmoronó. Al niño lo dejó con la madre con apenas tres años.

Cuando Alecito tenía entre los 13 y 14 años empezó a cambiar su carácter porque aparentemente la relación de la mamá con su padrastro no era buena. Vivían en Arraiján, al lado oeste de la capital. Cuando el chico estudiaba en séptimo grado abandonó el colegio y fue en marzo del 2010 que lo arrestó la Policía con otros tres menores miembros de Los Bagdad, a la cual pertenecía. Tenían una metralleta que se habían encontrado enterrada en un patio y se disponían a venderla al momento en que los atraparon. Esa fue la versión en el juicio, solo la iban a vender. Después lo condenaron y llevaron al Centro de Cumplimiento de Menores de Tocumen.

Los Bagdad es una de las pandillas originaria del populoso barrio El Chorrillo, donde estaba el Cuartel Central del general Noriega. El grupo se extiende a otros sectores humildes en el lado oeste.

—Yo había hablado por celular el 8 de enero con él. Siempre lo hacía. Me dijo que no se bañaba hacía días porque no tenían agua. Y que no comía bien porque era mala la comida.

Esa conversación de padre e hijo fue la última. Un día antes del incendio, en 2011 en el Centro de Cumplimiento, en el que se quemaron siete adolescentes de los cuales solo dos sobrevivieron. A pesar de ser su padre, a Batista no se le permitía visitar al hijo. Los permisos de visita estaban consignados solo a la madre y al padrastro.

El domingo 9 de enero, el día de la tragedia, estando en su apartamento en Curundú, veía en la televisión las imágenes de lo que pasó en el Centro de Menores.

Las imágenes de última hora mostraban a varios policías mirando la ventana de una celda de la cual salían llamas y se oía a los chicos gritar para que los dejaran salir. También, mostraban escenas de los jóvenes caminando quemados hacia una ambulancia.

—¿Ese no es tu hijo? —le dijo alguien.

Él le contestó bromeando:

—Deja el relajo, mi hijo no está ahí.

Pero mirando bien se convenció de que sí, sí era Alex y salió corriendo al Hospital Santo Tomás, donde habían recluso a los chicos. Su insistencia para entrar a verlo fue en vano, no lo dejaron pasar por la distancia que la ley le exigía que guardara con la madre.

—¿No crees que tu vida en el pasado afectó a tu hijo?

—Mi hijo nunca me vio ni siquiera fumando, drogado o borracho —dijo con una leve sonrisa, sin ser consiente tal vez de que su ausencia física y emocional también habría marcado al niño.

—Para el tiempo en el que el muchacho empezó a andar en malos pasos, a mí no me permitían verlo —me insistió dos y tres veces.

Por teléfono Alecito le manifestaba que quería ser chapistero para trabajar en un taller de enderezado y pintura de carros.

—En eso estábamos yo y mi familia. Yo tenía unos ahorros y pensábamos ponerle un taller por Las Cumbres. Le faltaban pocos días para salir libre.

La vida y transformación de este hombre aún me planteaban dudas.

—¿No tienes miedo de alguna venganza?

—No. Una vez, hace años, un miembro de un grupo rival que yo tuve me sacó un arma en Albrook. Yo lo bendije y no me creía. Hablé con él, le oré poniendo mis manos y terminó entregándose al Señor. También me pasó que siete de once enemigos que una vez me secuestraron en el Puente Rojo de Samaria, en San Miguelito, me pidieron perdón y se convirtieron. Del resto no sé qué final tuvieron.

—¿Qué te hicieron?

—Me amordazaron, me golpearon y balearon en una pierna. La gracia de Dios fue la que me salvó, me dejaron tirado en una zanja. Estuve cuatro meses en el hospital.

—¿Cuál es tu experiencia más difícil trabajando con jóvenes de pandillas?

Su respuesta le salió fría:

—Que alguna gente de esta sociedad no cree en la juventud y lo que uno hace. Quizás no creen que las personas podemos cambiar. Eso es lo más duro.

Ciertamente durante la repartición navideña pude observar algo de ese cambio. Cinco jóvenes, de brazos tatuados, llevaron a Eric Batista por un callejón lodoso detrás una barraca.

Acento de barrio y gestos ceñidos como si estuviera enfurecido:

—¡Queremo' que alguien nos ayude a tené una canchita ahí! —replicó el líder. Señalaba el piso que quedó de una vieja estructura incendiada, donde apenas cabrían paralelos tres autos Sedán.

—Los pelaos y niño' no tienen donde jugá, por eso se meten a lo malo. Queremo' aunque sea ayuda pa' una liguita de fut' —pidió otro.

Batista tomó los datos, les habló sobre los compromisos que debían cumplir para lograr el apoyo. Uno de los jóvenes confió darle su número telefónico para coordinar las acciones. Entonces salieron otra vez a la calle, con rostros animados, de vuelta a la entrega de obsequios.

Más tarde todo terminaba. Las personas se iban retirando con sus bolsas, reían con el payaso anfitrión, cantaban con el coro infantil de duendecillos y abrazaban a un Santa sin trineo. Parecía una ilusión. Otros se quedaron a recoger la basura con los policías.

—Vamos a mi casa, a saludar a mi mamá —me invitó Batista.

Caminamos cinco minutos y llegamos a un edificio de paredes grafiteadas, en las que el sucio se impuso a lo que alguna vez fue pintura verde, y en cuyos pasillos oscuros pueden sentirse ojos ocultos tras ventanas o puertas.

La visita fue rápida porque Batista iba a un culto en Pueblo Nuevo. Su madre padece de cáncer de colon y estaba en un sillón. Sonrió al verlo. Me la presentó, igual que a sus hermanas. Él le dio un beso a la señora, solo había subido a eso y a dejar la ropa planchada.

—¡Cúidate Eric!

—No te preocupes mamá.

Bajamos las escaleras en carrera en busca de un taxi.

—Otro día te voy a llevá' a ver lo que hago. Donde hay pandilleros, matones, vendedores de coca. ¡Esos manes cómo me respetan! —Se emociona—. Muchos se han convertido y los otros lo van hacer.

El hombre no para de hablar de su nueva misión. Una tarea abismal en la que tampoco cabe el miedo. Habla como los niños con juguete nuevo. Yo, mientras tanto, busco en sus gestos, movimientos, palabras, algo que haya sobrevivido de la Barbie. Porque aunque soy de los que cree en Dios, me sigo preguntando de dónde salieron los habitantes de la Tierra después que Caín mató a Abel y fue desterrado. Caminar apurado, por donde yo solo no lo haría, me hizo sentir que hay esperanzas, después de todo: ¿Acaso no fue a Caín a quien el Creador le dio una nueva oportunidad en este mundo?



DE LA LÍNEA A MADRID

Ingrid Melissa Vega Figueroa



Ingrid Melissa Vega Figueroa

Nació el 7 de noviembre de 1980 (Guatemala). Reportera experta en temas de género, medio ambiente, cambio climático, derechos humanos y salud. Ha investigado el femicidio en Guatemala durante 6 años y ha sido columnista del *Diario de Centroamérica*. Uno de sus pasatiempos preferidos es la fotografía.

Correo: mvega@cerigua.org

DE LA LÍNEA A MADRID

INGRID MELISSA VEGA FIGUEROA

—¡Abuelo suéltame! ¡No lo vuelvo hacer! —gritaba Alejandra mientras era arrastrada hacia su casa por su abuelo Efraín, en uno de los barrios más viejos de la Tacita de Plata.

—Calla, niña. Vas acabar como tu madre.

Alejandra había desobedecido la orden de su abuelo de no visitar a Teresa, a quien ella llamaba mamá, una mujer de casi medio siglo que la mimaba, alimentaba y apoyaba cuando en su casa no lo hacían. Teresa vivía a tres cuadras y había construido un vínculo familiar con Alejandra que muchos no quisieron entender.

Alejandra nació en agosto de 1970, en el barrio Gerona, en la ciudad de Guatemala. Su madre, Consuelo, era considerada por toda su familia como una loca desquiciada, por una condición mental que le hacía perder el conocimiento por lapsos cortos o largos de vez en cuando. Consuelo huía de casa para encontrarse con un amor, en un callejón de bares cerca de la estación de trenes; fue así como concibió a Alejandra en una de las tantas noches donde su amor la hacía tomar hasta quedarse dormida en las banquetas.

Consuelo murió cuando Alejandra tenía dos años, su familia lo atribuyó a su locura, pero seguramente fue asesinada. Don Efraín se convirtió en el tutor de Alejandra.

Teresa constantemente advertía a Alejandra:

—Mija, mejor no desobedezca a su abuelo.

—¡Ay! mami, es que no lo soporto y todos me tratan muy mal. Yo quiero vivir aquí, contigo —insistía.

Teresa tenía otras tres hijas, casi de la misma edad, con quienes Alejandra salía a jugar y se reunían de vez en cuando a sopear champurradas² con café o chocolate caliente en las tardes. A las seis de la tarde, debía correr para su casa o de lo contrario sería castigada.

2 Sumergir las galletas en el café.

Síntesis

De la línea a Madrid narra la historia de Alejandra, una joven que contraría a su abuelo, busca un espacio de libertad, abandona la escuela y decide irse de su casa, para vivir en un cuarto alquilado en una zona guatemalteca donde la prostitución y otros vicios afloran en cada esquina, hasta que un día llegó su príncipe azul, que de príncipe no tenía nada, pero decía amarla. Aquel príncipe se convirtió en su verdugo: como las drogas y el licor eran su diario vivir, la obligó a vender su cuerpo. Ella era la manera perfecta para financiar los gastos de sus vicios.

Con el pasar del tiempo, Alejandra tuvo su primer hijo: Cristian. Más adelante, es madre de una niña: Ana. Cuando finalmente se decide denunciar a su agresor, descubre que había sido asesinado. A partir de este momento inicia su lucha para salir de aquel mundo. Y lo logró. Le puso un alto a su situación y buscó ayuda. La vida le dio a ella y a sus hijos la oportunidad de salir adelante: gracias a una beca que recibe su hijo Cristian por ser buen estudiante y se mudan a España a empezar un nuevo camino.

Con esta historia buscamos hacer reflexionar sobre la importancia de emprender y luchar por mejores oportunidades, así como reconocer que la esperanza y la fe no deben perderse: siempre se puede cambiar.

Algunas veces se capiusaba³ la escuela para poder quedarse viendo la tele o escuchando música.

—Efraín ya no siga golpeando a la nena, hágalo por la memoria de su hija; no la trate tan mal —demandó Teresa un día que tuvo el valor de detener al hombre con facciones empuarradas y con un paso tan ágil que nunca antes lo había alcanzado.

—Mejor no se meta, Teresa. Ya le dije a la patoja⁴ que si la vuelvo a ver en su casa, la voy a internar en un orfanato.

Una tarde calurosa de septiembre de 1984, se escuchó en la puerta de Teresa un toquido acelerado, hasta cierto punto desesperado.

—Muchá, ábranme la puerta que mi abuelo me está vigilando.

Un morete abarcaba buena parte de la mejilla de Alejandra y su ojo izquierdo.

—¿Qué te pasó? —le preguntaron Teresa y sus tres pequeñas casi al unísono.

Teresa alcanzó una bolsa con hielo, mientras hacían espacio en la sala.

—Mi abuelo me pegó anoche porque agarré, sin permiso, la moto de una de mis primas. También cargo la rodilla hecha mierda, aparte de que hice mierda la moto —Una sonrisa se vislumbró en su rostro mientras recordaba el accidente.

Su propio estilo de vida le había hecho tener una primaria difícil. Repitió dos años. Tenía bajas notas y un sentimiento de disgusto por el estudio. Constantemente le pedía a Teresa que le consiguiera un trabajo, pero nunca encontró respuesta porque Teresa no quería problemas con don Efraín.

Alejandra se fugó a los 15 años. Rompió el vínculo con el círculo de personas que se supone debía quererla y protegerla. Dejó la escuela y se puso a trabajar en una librería; y junto con una amiga alquiló un cuartito.

3 No asistir a la escuela (chapinismo).

4 Niña o muchacha.



Su infortunio, el nuevo lugar donde vivía estaba contiguo a “la línea”, un lugar tabú que toda la sociedad guatemalteca conoce y desprecia: tres cuadras con puertas angostas, de lado a lado, cuartos de tres por tres donde apenas cabe una cama, y en las banquetas, mujeres ofreciendo su sexo a cambio de dinero.

Transita el tren justo a mitad de la calle y en las laterales de terracería, restos de pétalos de rosa y olor a pachulí, donde unas 150 trabajadoras del sexo ofrecen sus servicios, desde tempranas horas de la mañana, hasta la madrugada.

Una tarde Teresa le dijo a sus hijas:

—Pasó la Alejandra y les dejó saludos. Me contó que Lucrecia tuvo un accidente el viernes. Le quedó la cara desfigurada y ahora habla por un lado. También me contó Alejandra que ya tiene novio.

Su novio, el típico encantador, respetuoso, sociable, alegre y amigable, llegó un día a la casa de Teresa. No podía presentárselo a su abuelo porque juró que nunca la recibiría, es más, que considerara que ya no tenía familia, pero alguien debía respaldarla y hacerle saber al susodicho que si le hacía algo, iría a parar al infierno.

Más luego que tarde, Alejandra se mudó para otro cuartito con el novio, siempre en el sector de *la línea* y pronto la convenció de probar drogas, sólo por curiosidad, si no le gustaban jamás haría que las usara otra vez. Por supuesto, que continuó obligándola y la promesa que le había hecho a Teresa de concluir la carrera, se esfumó cuando supo que estaba embarazada.

Los nueve meses transcurrieron en la discusión con su novio de si drogarse o no durante el embarazo. Ella, por supuesto, no quería pero él la forzaba, le decía que la ayudarían a olvidar su triste pasado.

El día del parto, su novio le dijo:

—Mi amor, te prometo que me voy a portar mejor. Ya no voy a tomar y voy a conseguir un trabajo. Ahora debemos mantener a nuestro hijo.

Nació en 1991 un niño, milagrosamente sano, con tallas y peso normales, al que llamaron Cristian.

Alejandra le insistió en muchas ocasiones que se fueran a vivir a otro lado, que el ambiente en *la línea* no era digno para el bebé, pero él le respondía que ni siquiera tenía trabajo, cómo se atrevía a sugerir que compraran una casa. Estaba loca. “Mejor dejá de estar huevoniando⁵ y buscá un trabajo, suficiente con el pretexto de la dieta”. Las drogas y la borrachera no le permitían pensar con claridad.

5 Haraganeando.

Una noche, su novio llegó a la casa con unos amigos.

—Fíjate que me vas a tener que hacer un favor.

Debía una fuerte suma de dinero a estos sujetos y a cambio había ofrecido el cuerpo de Alejandra.

Tres hombres la violaron esa noche, luego de ser drogada a la fuerza. Ni lento ni perezoso, el novio se dio cuenta que había una fuente de ingresos en la comercialización del cuerpo de Alejandra. Al poco tiempo se “asesoró” con otros amigos y se convirtió en su padrote. Ella pasó a ser una más de las que alquilaban un cuarto en *la línea*. Nunca vio un centavo por sus servicios, él se quedaba con todo, por lo que debía hallar la forma de quedarse con un poco de dinero.

Teresa, sorprendida por ver a una joven delgada, con una sonrisa falsa en el rostro, exceso de maquillaje y con un bebé de un año en brazos, le ofreció champurradas y el tradicional chocolate, como cuando era niña y la visitaba.

—Mija, por qué se dejó hacer un hijo. Usted sabe que eso no era bueno para su futuro. Qué va hacer ahora.

Con lágrimas en los ojos Alejandra respondió:

—Voy a salir adelante, voy a trabajar y a darle todo lo que yo no tuve.

Una mañana, pasó una de las vecinas más chismosas del barrio por el pequeño puesto de comida que tenía Teresa:

—Ni sabe a quién vi en *la línea*

—¿A quién?

—A la Alejandrita. Quién iba a decir a donde iría a parar, si era bien traviesa; Don Efraín me contó que siempre se portó mal y nunca le hizo caso.

—Váyase a la mierda vieja mentirosa —expresó mientras se removía el delantal donde guardaba la ganancia del día y encaminaba hacia el lugar, que no estaba lejos, a unas seis cuadras.

—Don Efraín, haga algo por la niña, ella no puede estar allí. Yo la hubiera cuidado pero como usted nunca la quiso dejar en la casa. Por Dios que si no hace algo, voy y lo denuncio...

—Y por qué me va a denunciar, si yo no la abandoné. Ella fue la que se largó de la casa pura chucha⁶ sin dar ni las gracias.

En una de las tantas capacitaciones que realizaron las organizaciones de travestis en *la línea*, Alejandra comprendió que había entrado en un círculo de violencia machista del que muchas guatemaltecas no logran salir o de los que se rompen con la muerte. Sabía que debía dejar a su novio.

En 1997 da a luz a una niña, Ana. En su mente no desaparece la idea de encontrar otra forma de hacer dinero, para garantizar a sus hijos otra forma de vida.

En el 2000 surge la idea de conformar una organización de trabajadoras del sexo, como una forma de protegerse de la violencia que les propician sus clientes, para tener interlocución con el sistema de salud y para proclamar el respeto a sus derechos. Alejandra tímidamente llega a algunas de las sesiones y las enseñanzas la convencen de que debe dejar y denunciar a su pareja.

En esas estaba cuando se entera de que fue asesinado. No hubo investigación judicial, pero se dice que fue por ajuste de cuentas. El siguiente reto es conseguir otro trabajo ahora que ya no tiene padrote, pero el estigma que lleva consigo pesa mucho en la sociedad guatemalteca, le impide hacer la transición inmediatamente. La prostitución le da suficiente dinero para que su hijo asista a la escuela y para que a su nena no le falte la leche.

—Ay Ale, nena, vas a la porra o vas a jugar —le dice Jorge, uno de sus amigos gay, un tipazo solidario que ayuda con el maquillaje, con los peinados y distribuye ropa a las chicas de *la línea* para ganarse un poco de plata. Pero su contribución más grande es que las llena cada día de optimismo y de halagos para sobrellevar las humillaciones.

6 Perra.

Jorge se refería al partido de fútbol que la organización de sexo-servidoras, *Las Estrellas de la Línea*, estaban preparando luego de que una productora les propusiera participar en uno de los ensayos más originales, que reveló las enormes diferencias sociales y la desigualdad que existe en el país.

Las cámaras pretendían documentar el ambiente y las condiciones en el que las trabajadoras del sexo se desempeñan, qué políticas ofrecen las autoridades, sus principales amenazas y los estigmas que rodean la profesión. Uno de los puntos clave en la producción, fue la preparación de un partido de fútbol en una de las canchas más lujosas de la zona 14, donde vive la oligarquía guatemalteca.

Cuando ellas solicitaron la apertura de un espacio para competir con otro equipo, debieron pagar el equivalente a unos 160 dólares. La chamusca⁷ a su más globalizada expresión.

En Futeca, la empresa que administra estas canchas sintéticas, preguntaron el nombre del equipo para inscribirlo: *Las Estrellas de la Línea*, nunca imaginaron que se tratara de las putas de *la línea*.

Los moralismos afloraron el día del encuentro. Las madres que acompañaban a sus eminentes hijas juraron que demandarían a la empresa por permitir que tales escorias convivieran con sus angelitas.

—¡Ay! señoras, si todas somos putas, pero ustedes son de distinta clase —logró gritarle a punto de pulmón Alejandra a una de las aristócratas en un altercado derivado de un insulto propiciado por una de las contrincantes.

De regreso en *la línea*:

—Que putitas tan perras —dijo Jorge con un tono de sarcasmo y humor en su voz. La reunión ese día concluyó con el acuerdo de seleccionar mejor a sus contrincantes, sobre todo jugar con quienes las respeten.

Cristian, ahora de 12 años, un día que pasó de visita por la casa de Teresa en compañía de su hermana de 7:

7 Partido improvisado de fútbol.

—Abuelita, ¿cómo está?

—Bien mi amorcito. ¿Quiere una tostada con salsa? —Mientras preparaba el antojito: —Cuide a su mamá mijo, hágale caso, no se porte mal. También proteja a su hermanita, mire que no le vayan a pegar en la escuela, que ahí los patojos⁸ son cabrones.

Su respuesta sorprendió un tanto a Teresa:

—Voy a estudiar mucho, encontrar un buen trabajo y mi mamá ya no tendrá que trabajar más por mí —contundente, sin temblor alguno en su voz, sin titubeos.

Alejandra siempre se recriminaba y se cuestionaba si haber huido de la casa de su abuelo, era la causa de ser prostituta. En su mente permanecía la lucha por dejar completamente las drogas y el comercio sexual; consideraba que no era buen ejemplo para sus pequeños.

Las Estrellas de la Línea se disolvieron a partir del asesinato de una de ellas en el cuarto donde trabajaba. Un hombre solicitó sus servicios en la noche y a la mañana siguiente fue encontrada con golpes en todo el cuerpo, la mayoría fueron propiciados en la cara y con señales de estrangulamiento por asfixia. También la muerte de la más antigua de ellas, una mujer que había trabajado al menos 40 años como prostituta en *la línea*. El sistema no pudo garantizarle el tratamiento antirretroviral.

Fue una encrucijada determinante para Alejandra, pues a partir de las muertes decidió por fin encontrar otro trabajo. Fue tanta la indefensión en la que quedaron, que muchas decidieron cerrar el negocio por un tiempo.

Un viejo conocido de su abuelo, que también vivió en Gerona, la contrató como oficinista. Sus ingresos disminuyeron casi en un 200 por ciento, pero tenía la ventaja de que, con 14 años de edad, Cristian

ya había encontrado un empleo de ayudante de bodega. Trabajaba por las mañanas y cursó el básico y el bachillerato por la tarde. Ana, también era talentosa con el estudio. No era la mejor de la clase, pero siempre entregó buenas notas.

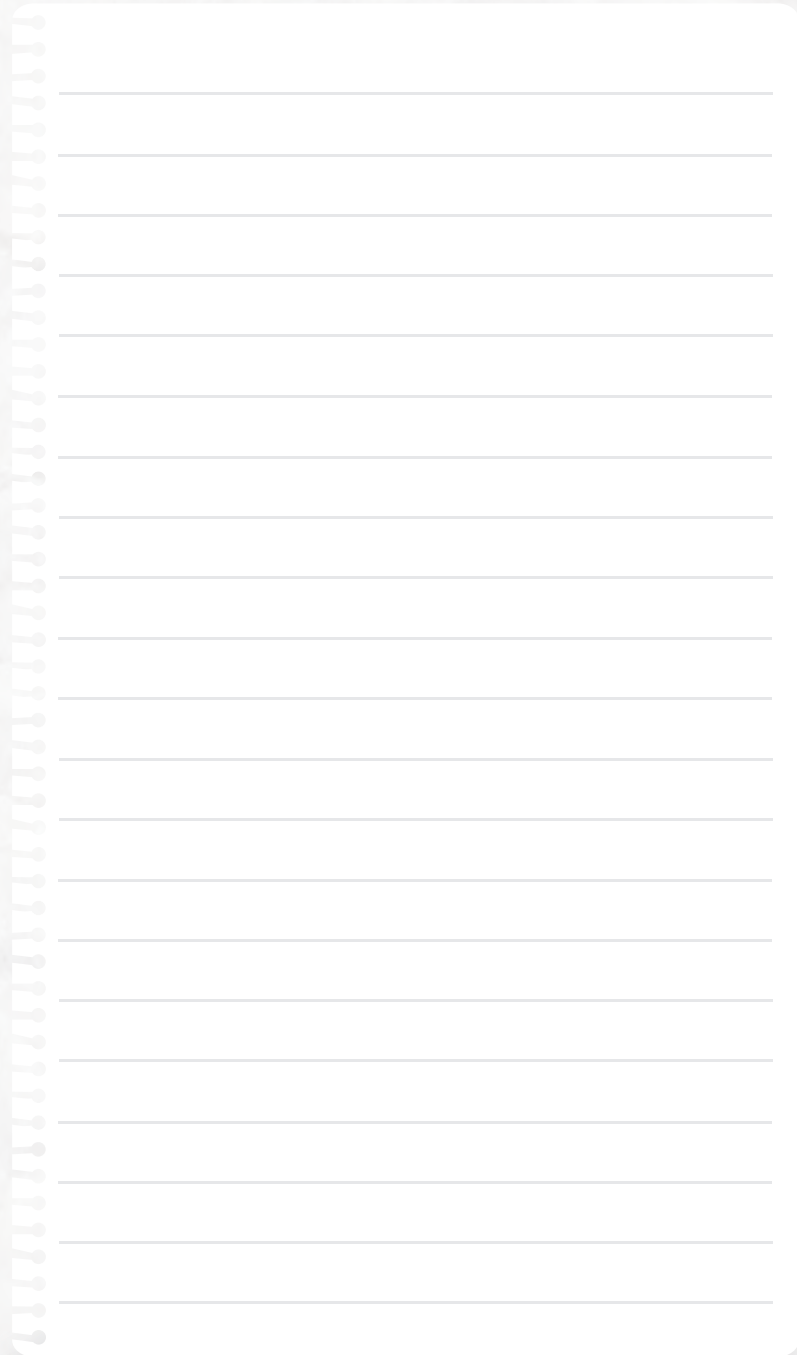
Cristian tenía pocas probabilidades de ir a la universidad por la falta de dinero. Presenciar el sufrimiento de su madre, seguramente lo hizo más fuerte, pero noble a la vez y compresivo con cada historia de vida que se cruzaba en su camino.

Hábil con las computadoras, Cristian en el último año del bachillerato, encontró un trabajo como programador que requería estar frente a una computadora la mayor parte del tiempo. Una oportunidad aparece en uno de los navegadores: una beca para continuar sus estudios fuera del país. Sin pensarlo dos veces, aplicó.

—Mami, nos vamos a España —dijo Alejandra a Teresa con un tono de esperanza y tristeza a la vez. La embajada había accedido a darles la visa a los tres. “Hasta ahora me convencí de que el Cristian sí es inteligente”, bromeó por última vez.

Las heridas de Alejandra, nunca fueron restauradas; sus derechos no se cumplieron, nunca se percató de que fue víctima de la que constituye una moderna forma de esclavitud. Para prevenir y eliminar la explotación sexual se requieren acciones de los gobiernos y de la comunidad entera, porque las mujeres, niñas y niños víctimas lo son, no solo de quienes los han explotado y violentado, sino también de la indiferencia de la comunidad.

Desde hace unos meses la capital de España acoge ahora a una ciudadana que fue poco valorada en su propio país. Uno de los tantos éxitos de su hijo garantiza la restauración de su alma. Y claro, Alejandra y sus hijos salieron de *la línea* a Madrid. Y olé!



UN INFIERNO HECHO CIELO

Jessie del Carmen Ampié Pérez



Jessie del Carmen Ampié Pérez

Nació el 4 de mayo de 1991 (Nicaragua). Es Licenciada en Comunicación Social. Trabajó en el área Web, luego cubrió Sucesos y actualmente tiene a cargo la fuente municipal en *El Nuevo Diario*. Es amante de la lectura, de pasar tiempo con la familia, jugar fútbol y recorrer su país.

Correos: jessieampieperez@gmail.com
jampie@elnuevodiario.com.ni

UN INFIERNO HECHO CIELO

JESSIE DEL CARMEN AMPIÉ PÉREZ

Moreno, menudo, con los ojos café claros y el cabello rizado camina entre un grupo de niños que juega en una de las calles recién reparadas del barrio Villa Reconciliación, uno de los más grandes de la capital. Es Dervin Mejía, un joven de 22 años, que regresa de su trabajo como camarógrafo en una de las dos universidades más importantes de Managua, donde, gracias a sus buenas notas, obtuvo una beca y al finalizar la carrera los mismos profesores le ayudaron para que se quedara laborando.

Dervin trabaja ocho horas. A veces se queda más tiempo porque le agrada lo que hace. Le gusta regresar a casa para ver a sus dos hermanos y a su mamá. Es un joven humilde, ejemplo para otros chavalos. Pero, irónicamente, ni la vida de Dervin y menos las calles fueron tan buenas como lo son ahora... Hubo que recorrer mucho camino para poder lograr ese cambio significativo.

El progreso llegó a esas calles porque es uno de los puntos rojos más grandes de Managua. El polvazal que se formaba en verano y los fangos del invierno pasaron a ser parte del pasado. Al menos en las zonas centrales, cuadrillas de trabajadores de la alcaldía trabajaron contra reloj para dar mantenimiento a las vías.

Mientras otros barrios se quejaban del paso tortuga con que avanzan sus obras, en el barrio rojo la gente aplaudía la rapidez de los trabajadores. Pero detrás de esa agilidad en la gestión había un trasfondo y de eso se dieron cuenta pronto.

Unos cuantos días habían pasado cuando una camioneta azul con celeste recorrió a toda velocidad las calles del barrio. Los comentarios entre la gente sobraron:

—¡Ahí va la pesca!

—¿A saber a quién se van a llevar preso?

Síntesis

Dervin Mejía y su familia se trasladan de Santo Domingo, ubicado en el departamento de Chontales, a Managua. Este cambio en el estilo de vida trajo consecuencias: el padre de Dervin se inició en el mundo de las drogas y llevó a su hijo con él. El padre pensó que su hijo sería perfecto para el trasiego de drogas, hasta que un día los agentes antidrogas allanaron la vivienda. Tras este allanamiento el padre ve la decadencia en la que había caído la familia y busca fuerzas para dejar el vicio.

La familia regresa a su pueblo a reiniciar de cero, ya con Dervin adolescente, que aprovecha la oportunidad de cumplir su sueño: ser profesional. Hoy con 22 años, regresa de su trabajo como camarógrafo en una de las universidades más importantes de Managua.

El objetivo de ésta historia es mostrar la vulneración de los códigos penales y leyes que persiguen el delito como tal y dejan de lado a la víctima real (Dervin) quien estuvo en peligro y no fue protegido.



Así era, la camioneta era una patrulla de la Policía y los hombres con capuchas y chalecos negros eran agentes antidrogas encubiertos que iban a caerle a un expendio.

Esta vez el vehículo no se quedó pegado ni se fue en un hoyo del que le costó salir. El mejoramiento de la calle había cumplido su cometido. El operativo fue tan rápido que a la gente no le dio tiempo de desaparecer las ñoñas⁹ y la hierba. Cayeron con “las manos en la masa”.

9

Piedras de crack.

Uno de los curiosos del barrio es Dervin, quien ahora como dice el dicho popular “ve los toros de largo”. Él sabe lo complicado que es que la policía les “caiga”. La droga y la cárcel separaron a su familia y durante varios años, cuando era niño, sin saber qué era, vendía y trasladaba droga. Su papá no solo entró al negocio sino que se volvió adicto a la *hierba maldita*, como conocen a la marihuana en las partes más lúgubres y peligrosas de los barrios donde hay expendios.

Ahora con mucha gracia recuerda que cuando tenía siete años sus juegos infantiles se acabaron bruscamente. Su familia nunca tuvo dinero de sobra pero vivían dignamente en el municipio de Santo Domingo, ubicado en el departamento de Chontales, una zona productiva, cuyos terrenos son ocupados para la agricultura y el pastoreo del ganado.

Un día su padre, un hombre de campo y de carácter fuerte, decidió vender su casa, y con su esposa y sus dos hijos se fue a buscar suerte a la capital.

El primer tropiezo que tuvieron fue con su nuevo hogar: con el dinero que traían esperaban conseguir una casa igual a la que tenían en su pueblo. Pero, en Managua, la única vivienda que se ajustaba a su presupuesto era en el barrio Villa Reconciliación.

“Eso fue en 1996. Antes de venirnos mi papá utilizó parte del dinero para comprar otro terreno. Ya en Managua, conseguimos casa cerca del Mayoreo. Todo iba bien. Mi papá encontró trabajo en una fábrica de plásticos, yo iba a ayudarle, mientras mi mamá se quedaba en casa cuidando a mis hermanitos”, recordó Dervin.

Los primeros meses de 1996 transcurrieron normales, a pesar de que no se acoplaban al estilo de la capital; sin embargo, todo cambió cuando el padre de Dervin conoció a un *amigo* que llegaba a la fábrica de plásticos donde trabajaba. No pasó ni un mes cuando lo “inició” en el mundo de la drogadicción.

“Comenzó con marihuana. En ese momento no sabía de dónde la obtenía y solo lo miraba porque también desconocía qué era eso que él fumaba”, relató el joven.

Desde ese momento su padre se volvió adicto a las drogas. A pesar de andar bajo los efectos de los estupefacientes, no molestaba a nadie. Su esposa guardaba silencio por miedo, pues, si lo enfrentaba recibía como respuesta una golpiza. El maltrato era presenciado por sus hijos que lloraban desconsoladamente ante la escena que se repetía una y otra vez.

Adiós juegos...

Tras ocho meses entre la droga y las carencias económicas, el papá de Dervin lo consideró el anzuelo perfecto para engañar a las autoridades y entrar de lleno al negocio del trasiego de droga.

Un día su padre lo llamó:

—Vamos hacer unas compras.

“Yo estaba acostado en una hamaca, fuimos a una casa que estaba muy cerca de la Ferretería Cuatro (cerca de donde habitaban) ahí vivía una señora gorda que le decían *Fanny*, no sé si ese era su nombre de verdad, se mantenía siempre con un delantal, en short y en chinelas”, recuerda el joven.

—Él es quien va a venir a comprar desde hoy —le dijo el padre a la mujer.

“Yo pensé que era algún tipo de material, productos o comida”, refiere Dervin. “La señora se sentó y miré que le entregó una bolsa a mi papá, no me dijeron qué era, ni nada y me dijo que me la echara en la bolsa del short”.

Una semana después, ya con conocimiento del lugar, el padre le dio a Mejía 30 córdobas y un papel donde decía: “*Fanny* véndeme dos Panadol”. Dervin cambia los gestos de su rostro y se nota una leve sonrisa cuando recuerda que pensó que de verdad eran pastillas lo que le iban a vender.

Al llegar, la mujer regordeta, leyó el papel y le pidió al menor que se quitara sus zapatos —unos tenis color blanco. El inocente niño pensó que se iba a medir otro calzado o que iba a tener chinelas nuevas, pero no. *Fanny* agarró uno de los zapatos, le levantó la suela y dejó caer en los espacios dos bolitas blancas.

“Yo me fui a la casa con la curiosidad, pero como no sabía qué era. Ya en la casa, miré que mi papá cortó un pedacito de antena, le metió como un alambrito de cobre y le introdujo las pelotitas, luego comenzó a fumarlo, yo le pregunté a mi mamá qué era eso y me contó que mi papá había empezado a fumar droga. Ella nunca le dijo nada porque si no le gritaba y la golpeaba”, agregó Dervin.

Desde ese momento comenzaron los dos años más terribles que Dervin y su familia pudiesen imaginar. Con mucho esfuerzo, su mamá, quien fungía como ama de casa, salió a buscar la comida que empezó a faltar.

Su esposo buscaba dinero para comprar droga. Un día que no tenía, decidió pasar al siguiente nivel con Dervin: *prestarlo* a otras personas para el negocio.

El comisionado Noel Cruz, quien durante mucho tiempo fue el segundo jefe del Distrito Cuatro, otra de las zonas más problemáticas de Managua donde se encuentran la mayoría de los barrios rojos de la capital, indicó que a veces los niños involucrados en el trasiego de droga son hijos de otras personas cuyos padres, por ser amigos de los implicados, se los prestan a cambio de obtener un beneficio.

Esto fue lo que le pasó a Dervin. Un tío que ya vivía en la capital y tenía una moto lo llegaba a buscar y lo pasaban dejando por donde *Fanny*.

“Y no me mandaban a buscar marihuana. Era cocaína. Me la guardaban en una bolsita, que ellos le decían *bolis*. Cuando llegaba a la casa se iba mi papá y mi tío al fondo del patio, cortaban hojitas de limón y se ponían a consumir. Así pasé como cuatro o cinco meses. Me daba tristeza. A veces ni quería ir a comprar y no les importaba que llorara”, detalla Dervin.

Pero esa no fue la única vez que su padre lo *prestó*. Tiempo después, una pareja de la que solo recuerda que se llamaban Juan y Martha llegaron a vivir cerca de su casa. Su papá se hizo muy buen amigo de ellos y tenían una particularidad, viajaban seguido a otro departamento cercano a la capital, Boaco.

“Un día la vecina, Martha, llegó a decirle a mi mamá que me diera permiso para acompañar a su hija de 20 años a Boaco, eso fue a las 9:30 de la mañana y a las 11 estábamos allá. Fuimos a la casa de un señor que tenía la cara cortada y en un bolsito que tenía elástico le echó varios paquetitos. La muchacha me los dio para que yo me los pensara en el pantalón. Después nos regresamos a Managua”, expresó Dervin.

La expendedora, para evitar que la Policía la sorprendiera, enterraba la droga en un terreno contiguo a su casa, donde Dervin con otro compañerito de clases llegó a desenterrarla. Se la repartieron y él la llevó a esconder debajo de su cama.

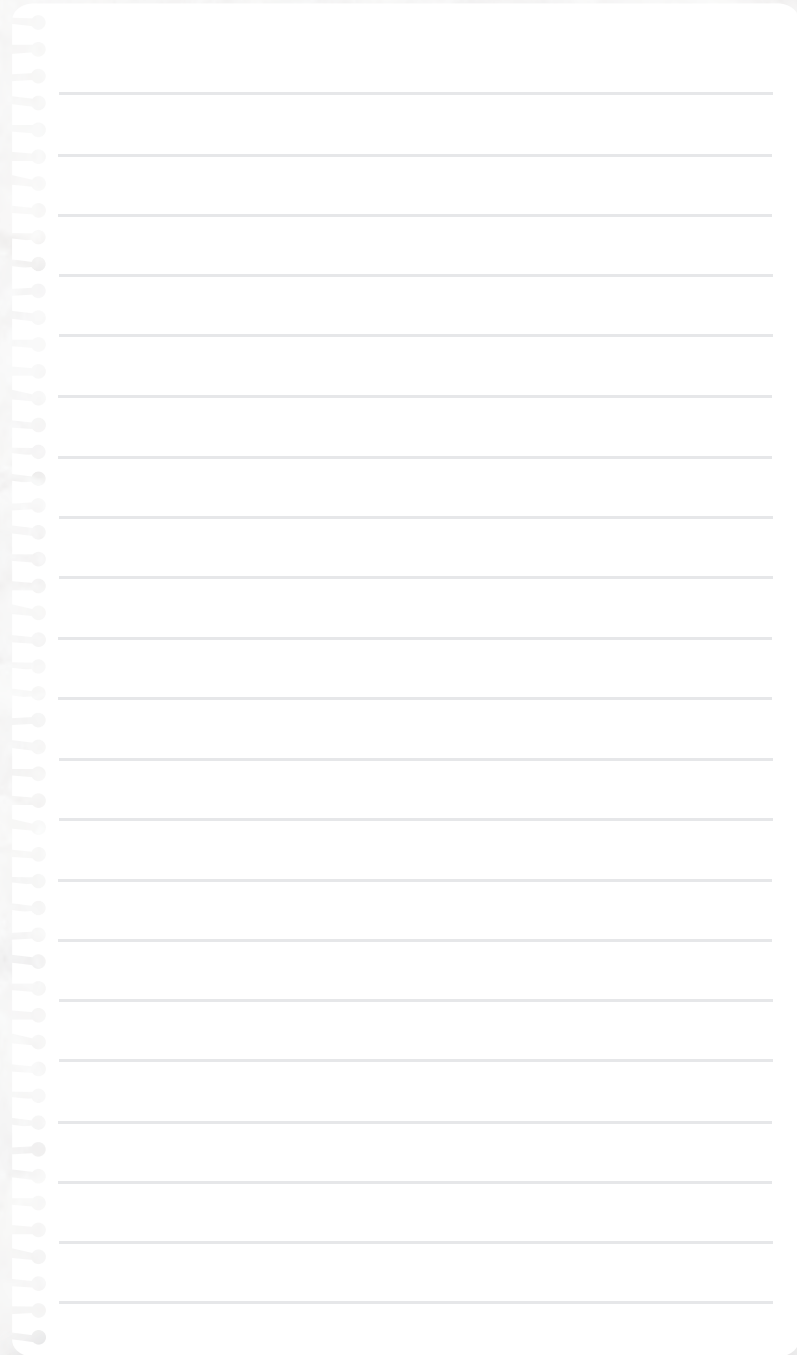
Días después los agentes antidrogas llegaron a allanar la vivienda de Dervin en busca su padre pues ya le habían seguido las pistas; pero, solo encontraron a un amigo quien fue detenido.

La forma en que las autoridades persiguen un delito queda únicamente en la vulneración de los códigos penales y leyes; cuando el desafío real se centra en ir más allá de la vulneración de la norma y trabajar con las personas que son las víctimas reales de estos delitos, es decir, la comunidad, la familia y el mismo Dervin, quien estuvo en peligro y no fue protegido.

El papá de Dervin, que miraba lo decadente de su familia y las grandes carestías de la vida, luchaba por dejar el vicio, aquel incidente lo terminó de decidir a dejar las drogas de una vez por todas.

Nuevamente tendrían que comenzar de cero, pero la depresión, la lenta desintegración y el llanto de sus hijos, calaron en lo más profundo de su ser, y decidido le dijo a su familia que regresaran a Santo Domingo, Chontales. Ya con sus hijos adolescentes, años después retornarían por segunda ocasión a Managua.

Y así fue. Dervin no dejó sus sueños de ser un profesional y tras el trago amargo que pasó su familia, se volvieron unidos y con esfuerzo empezó a viajar a la universidad, donde recibió apoyo financiero por ser buen alumno, hoy ya graduado y con metas. Con su familia más unida que nunca, regresaron al mismo lugar donde comenzaron cuando decidieron dejar su natal Santo Domingo para probar suerte en la capital.



GUARDIANES DEL MERCADO

Nayel Martínez Artola



Nayel Martínez Artola

Nació el 23 de septiembre de 1983 (Nicaragua). Licenciada en Comunicación Social con mención en prensa escrita por la Universidad Centroamericana (2004). Ha sido tallerista de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano con Miguel Ángel Bastenier (2008). Desde el 2007, ha escrito para diversas secciones del diario *HOY* y en la actualidad se desempeña como Editora de Sucesos. Entre sus pasiones se encuentra el baloncesto: fue seleccionada nacional juvenil de baloncesto y ahora reparte sus fines de semana entre los turnos del diario y los juegos de una liga recreativa de baloncesto en su región.

Correos: nayeldj@hotmail.com
nayel.martinez@hoy.com.ni

Síntesis

Johnny, al igual que Carlos fue pandillero de Managua. Cuando quisieron dejar sus grupos, nadie les dio trabajo, ni les ofreció una oportunidad. Nadie, menos su nueva familia: Los Dantos, un grupo formado solo por jóvenes que patrullan los peligrosos callejones del mercado Oriental, el más grande de Centroamérica.

El objetivo es poner en evidencia la falta de programas de reinserción de jóvenes en riesgo a la sociedad es un problema en Managua. La única oportunidad que a veces tienen los jóvenes expandilleros es formar parte de una brigada de seguridad que les malpaga su trabajo.

LOS GUARDIANES DEL MERCADO

NAYEL MARTÍNEZ ARTOLA

Ya casi oscurecía. Como todos los días, Johnny iba buscando una de las salidas del laberinto que es el mercado Oriental. No supo con qué le dieron, no vio nada, lo agarraron por la espalda. Solo sintió como si una granada le hubiera explotado en la cabeza y lo botó al gastado asfalto de la calle. Cuando quiso levantarse para saber qué pasaba, vio venir el frío refilón de un machete en su frente. No había dolor, sólo un líquido caliente corriendo por su cara.

El miedo hizo que reaccionara y lograra meter su mano izquierda cuando el segundo machetazo venía otra vez hacia su cabeza. “Sentí que me ardió, me vi los dedos para atrás, casi en un hilo. Allí nomás me desmayé”, recuerda el joven de 18 años.

Para salvarle los dedos fueron necesarias 24 puntadas, pero los tendones no se pudieron rescatar, por eso ahora no puede empuñar su mano izquierda como antes. En su cabeza cosieron nueve puntadas, las cuales se ve a diario en el espejo cuando se está peinando su crespada cabellera. Esta herida le recuerda que a diario tiene que librar una batalla contra los delincuentes, y que si se descuida lo puede pagar con su vida.

Johnny es uno de los 30 Dantos, nombre de la brigada juvenil de seguridad más antigua del mercado Oriental, el más grande de Centroamérica. Su gran pecado, esa tarde, fue no quitarse la gastada camiseta que lo identifica como uno de los voluntarios de esa brigada. Fue reconocido inmediatamente por los delincuentes.

El mercado abarca unas 120 manzanas de territorio y poco a poco se ha ido devorando algunos barrios de Managua. Lo que comenzó con dos galerones en los años 40, se convirtió en una ciudadela de la capital. Es como el Vaticano pero en Nicaragua, un territorio independiente, con su propia policía, es decir Los Dantos, y con su propia ley, la del más fuerte.

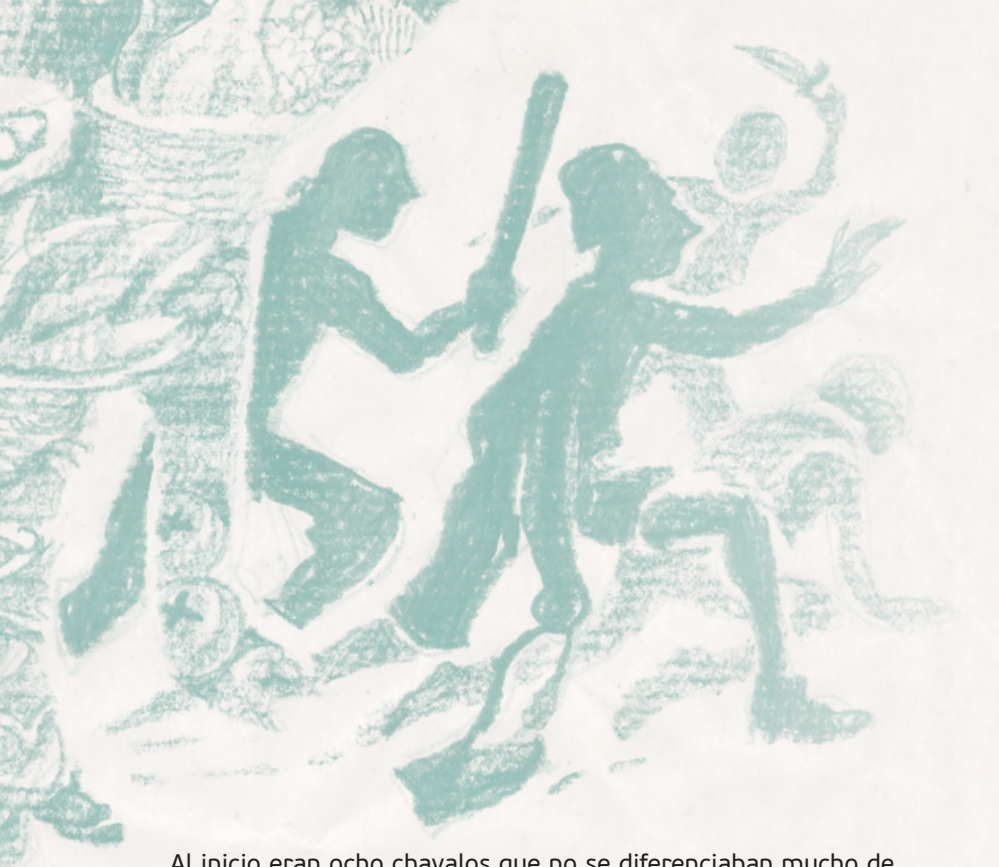


En el Oriental hay desde iglesias (católicas y evangélicas), escuelas, burdeles, salas de belleza, hasta casitas que han sido absorbidas por el comercio. Por el tamaño del mercado y los angostos callejones del mismo, a la Policía Nacional se le había vuelto casi intransitable. Los ladrones tenían casi tomado el Oriental. El mercado se había convertido en territorio de nadie.

Todavía hoy se recomienda a los compradores llegar sin prendas de oro o plata, no sacar celulares y llevar metido el dinero en el busto si es mujer, o en los calzoncillos si es hombre. Pero nunca en las bolsas del pantalón, porque desaparecen como por arte de magia. De los ocho mercados que existen en Managua, el Oriental es el de peor fama.

En noviembre del 2004, Carlos Barberena, un dirigente de los comerciantes, que había quedado sin negocio ante la situación de inseguridad en el mercado Oriental, vio una oportunidad para crear una brigada de seguridad conformada totalmente por jóvenes que habían andado de ladrones y que conocían el ambiente, pero que habían cambiado y habían dejado la delincuencia. Siendo miembro de una asociación de comerciantes, Barberena se reunía con comisionados de la Policía Nacional, y en uno de esos encuentros salió la idea de meter unos chavalos que estaban trabajando con el comerciante en la campaña política de ese año, como vigilantes del mercado y de esa manera frenar la delincuencia.

Barberena decidió bautizarlos Los Dantos, en honor a los enfrentamientos del Ejército Popular Sandinista y los Contras a finales de los 80. “Además el danto es un animal que siempre va en avanzada, que no tiene miedo, así como nosotros con la delincuencia”, dice orgulloso el Danto Mayor.



Al inicio eran ocho chavalos que no se diferenciaban mucho de cualquier delincuente. Pero la gente los empezó a reconocer y a regalar camisetas, tubos, garrotes y cualquier cosa que les sirviera para vigilar, protegerse y ahuyentar a los ladrones. La brigada se volvió tan famosa que hubo necesidad de uniformarlos.

Sarna, el Pipián, La Bruja, El Cadejo, Jairo Negro, y otros delincuentes que operaban en el mercado se convirtieron en los mayores enemigos de Los Dantos. Mientras los primeros usaban machetes, cuchillos y armas hechizas, los brigadistas sólo podían usar un garrote hecho de leña o un amansa bolos.

Se puede reconocer a un Danto por su camiseta azul con una publicidad de una marca de sardinas, gorra y pantalón del mismo color.

La competencia también se les vino: se formaron tres brigadas más que reclamaron otros callejones del mercado. Y cuanto más patrulleros mejor controlada la zona, pero menor ingreso económico

para los brigadistas, y también pleitos por territorio. Las brigadas todavía se miran con recelo.

Carlos Cortés, de 23 años, es uno de los fundadores de la brigada de Los Dantos. Fue el único lugar en el que le dieron la oportunidad de trabajar.

“Me crié en un barrio de mala muerte en Ciudad Sandino. Fui pandillero. También cuando comencé a venir a este mercado, hacía *mis tiros*, robaba. Pero el señor Carlos Barberena me dio la oportunidad, busqué cómo componerme, hacer algo de mi vida”, dice agradecido.

Carlos decidió cambiar cuando sus amigos de la pandilla Los Cascos casi le quitaron la humilde casita en la que él vivía solo desde los 10 años, porque su mamá se había venido a trabajar al mercado Oriental, para poder mantener a sus 17 hijos.

“A los muchachos les valía la vida, vivir o morir allí. A mi propio barrio yo no podía entrar. Ya por último hasta de la casa me sacaron los pandilleros. Mi mamá vendió la casa y me retiré de allí”, recuerda Cortés.

Cuando a un amigo suyo, en un enfrentamiento entre pandillas, le explotó un mortero, Carlos se dijo a sí mismo: “Ya no más a la vida que llevo”. Decidió irse con su madre y así fue que llegó al mercado. Pero seguía haciendo de las suyas, robaba y salía huyendo como una gacela entre los callejones del Oriental.

“Cuando yo me dedicaba a robar, era bien conocido, caminaba operando con el robo a *la imprenta* (impresión), que es cuando agarrás a tu víctima, le ponés un cuchillo, y te le llevás todo, hasta los zapatos y el pantalón si podés. También cuando empecé, anduve haciendo *bolsazos* (meter la mano en las bolsas del pantalón), pero es arriesgado eso”, recuerda Carlos mientras entrecierra sus ojos claros.

A pesar de que la vida lo había puesto en esa posición, él quería cambiar, pero no sabía cómo. En el mercado anduvo ocho meses robando, pero cuando nació su hija, Alondra Tatiana, llegó el cambio

definitivo. A eso se le sumó la oportunidad de convertirse en un Danto, le gustó la propuesta, pero tenía miedo, no por los delincuentes, porque él había sido uno, sino por la discriminación de los que conocían su pasado.

“Allí va el ladrón me decían, pero ahora la gente me mira bien, porque saben que ando en camino bueno, no maltrato a nadie. Es duro que lo agarre la gente, lo discrimine, porque se siente uno mal. Ahora me reconocen como vigilante”, dice más tranquilo Carlos.

Entre los que lo reconocen como brigadista están muchos amigos que hizo en sus tiempos de ladrón. Lo desprecian más que a los otros patrulleros, porque él fue una vez lo que ellos continúan siendo hoy. “No soy amigo de ellos, porque en este trabajo no hay amigos. El más amigo te da en la espalda”.

Carlos pasó de ser patrullero a supervisor, el más alto cargo al que puede aspirar en la brigada de seguridad. Es la mano derecha de Carlos Barberena. El que se encarga de velar por el grupo cuando el jefe no está. Por su labor recibe una ayuda económica —como le llaman— de mil córdobas al mes (unos 45 dólares). “Es una ayuda porque a los comerciantes no se les exige dinero, sino una colaboración, lo que ellos puedan dar, a veces es un córdoba, dos... Entonces por eso no se le puede sostener al vigilante un salario fijo. De lo que se recoge, de eso se les paga”, explica Cortés.

A los vigilantes se les paga 750 córdobas (34 dólares) al mes, y a las colectoras 850 (38 dólares). Las colectoras, todas de sexo femenino, son las que se encargan de pasar recogiendo la colaboración de los comerciantes negocio por negocio. Solo hay dos, pero en su momento hubo muchas más.

A pesar de que los patrulleros son los que están en la línea de fuego, ganan menos. Por eso algunos *pichan*, término que ocupan Los Dantos para explicar por qué unos vigilantes se colocan en las esquinas con una bolsita plástica sonando las monedas, para que la gente ayude.

“¿Va a colaborar con la vigilancia?... Colabore con un peso...”, recitan los *pichadores* a gritos, para que los compradores puedan escucharlos entre el bullicio y la música que sale de los parlantes para llamar la atención de los clientes. Los visitantes eventuales del mercado se compadecen de ellos y depositan unas cuantas monedas en la bolsita. Con ese dinero los chavalos se ayudan para comprar su comida y pagar el pasaje del bus.

Hace tres años, en un día las colectoras podían recoger unos 5 mil córdobas, ahora con costo se llega a los mil trescientos. “Es por que hay más vigilantes, ya no se recoge igual”, añade Cortés.

En la actualidad existen más de cuatro grupos organizados con chavalos como los protagonistas. Cuando Los Dantos iniciaron no se les pedían muchos requisitos para ser parte de la brigada, por eso se les dio oportunidad a varios expandilleros. Hoy se les pide récord de policía, identificación, y dos cartas de recomendación, aunque en ocasiones esos requisitos son omitidos, porque no cualquiera se a arriesgar por unos cuantos pesos.

“Si metemos a un chavalito de iglesia o colegio me lo sacan los delincuentes, entonces preferimos uno que tenga temperamento, que vaya a responder contra la delincuencia”.

Pero una experiencia como los Dantos, también puede caer en el abuso y perder de vista el objetivo para el que fueron creados. También surge la duda y la desconfianza hacia la juventud. Un grupo de comerciantes se encuentra reunido en el galerón de artesanías del mercado, platicando sobre sus problemas. Varios son miembros de una de las asociaciones que se dedican a defender sus derechos. Cuando se les pregunta qué opinan sobre Los Dantos, algunos sólo hacen una mueca de disgusto. No quieren hablar, prefieren el anonimato. “Que no salga mi nombre”, pide una señora. “Me da miedo que ese hombre (Barberena) se dé cuenta y después me quieran hacer algo”, vocifera para que todos la escuchen.

Después de eso, todos comienzan a hablar a la vez y se forma un coro de quejas. Una muchacha se une al rosario de reclamos, y pide que metan a gente honrada, que los chavalos que están ahorita

andan todos tatuados y eso parece un “cártel de drogas”. “Queremos personas decentes, la alcaldía debería meter a vigilantes contratados”, añade. “Estos no cuidan ya, solo se dedican a pedir”, comenta un señor que anda de visita en el tramo de la jefa de la cuadra.

De este grupo ninguno está conforme con la vigilancia de Los Dantos, y mucho menos con los métodos de *domesticación* de los delincuentes. La pequeña oficina de la brigada, que a veces tiene un olor penetrante a pinesol y en otras ocasiones un hedor a sudor y basura, es la que sirve como celda preventiva para los ladrones.

El establecimiento es un pequeño rectángulo que está dividido en dos por medio de un biombo. En la primera parte solo hay un cuarto sucio donde se acumula basura y no hay nada más. Allí es donde se llevan a interrogar a los delincuentes y darles un escarmiento. “El otro día hasta aquí se oía como le estaban desbaratando a un pobre hombre”, dice la comerciante quejosa.

En la segunda parte se encuentra la oficina de Barberena, un lugar oscuro que necesita luz aunque sea de día. Fotos del coordinador con la jefa de la policía y otras personalidades políticas del país adornan las paredes de *plywood*. Este es el centro de operaciones de Los Dantos.

“La gente dice pobre de los ladrones, pero no dicen pobre cuando les están robando”, contraataca el Danto Mayor. “Para algunos comerciantes yo soy el malo, el hijueputa, el feo, pero qué, son tope (cómplices) de los ladrones, son familiares. Por ejemplo, joyeros que les compraban las cosas robadas a los ladrones, a esos yo les caigo mal porque ya no hacen esos vinagres (negocios), hay familias de los delincuentes que son dueños de tramos, yo soy el malo para ellos. A muchos comerciantes les caigo mal. Si a Jesucristo lo trataron mal, ahora a nosotros no”, añade Barberena, mientras hace un gesto con las manos de yo no fui.

A pesar de los reclamos, el grupo tiene el apoyo de la Policía Nacional y de las autoridades del mercado. Sin la presencia de las cuatro grandes brigadas de seguridad y otras más pequeñas que se acaban de conformar, el Oriental seguiría siendo tierra de nadie.

Y sin Los Dantos muchos jóvenes como Johnny no tendrían la oportunidad de abandonar las fechorías.

“Cuando quise entrar pregunté qué se necesitaba para integrarme al grupo, me dijeron cédula, partida nacimiento, y que si era *so-bre*: yo les dije que sí, que era muerte arriba, que era gallo jugado. Fui de la calle, fui pandillero, fui ladrón”, dice ahora Johnny.

La motivación de Johnny es que quería renovarse y cambiar su forma de ser. Los problemas con la justicia, con su familia y los chavalos del barrio, lo agobiaban. Desde que había dejado de estudiar en primer año, porque *penquearon* a un profesor, la calle se había convertido en su hogar.

“Mi familia se preocupaba, lloraban porque me miraban como caminaba, hasta incluso se ponían enojados cuando llegaban mis enemigos a agarrar a balazos la casa”.

Al igual que sus heridas, el tatuaje que Johnny tiene en su mano izquierda, la que no puede empuñar bien, le recuerdan lo que una vez fue. El tatuaje consiste en tres puntos pequeños que se encuentran entre el dedo gordo y el índice. El significado de cada uno es cárcel, hospital y muerte. “Yo ya pasé casi por los tres. No me he muerto, pero estuve a punto”, explica antes de darse la vuelta y continuar patrullando los peligrosos callejones del mercado Oriental, su nuevo hogar.

Una experiencia como la de los Dantos, contribuye a la seguridad en el mercado, pero corre el riesgo de cometer abusos y violentar los derechos de otras personas. ¿Será posible para jóvenes como Johnny, Carlos o cualquiera de los Dantos tener otras posibilidades, que les garanticen sus derechos? ¿Cuáles son los programas reales que hacen falta para que los jóvenes se desarrollen sin vulnerar sus derechos y los de los demás?



GANARSE UNA ACERA EN LA VIDA

Jhonny Mejías Mejías



Jhonny Mejías Mejías

Nació el 12 de diciembre de 1977 (Costa Rica). Doctor en Psicología por la Universidad Iberoamericana, Magister en Desarrollo local y economía por la Universidad Autónoma de México y Licenciado en Periodismo por la Universidad San Judas Tadeo. Se ha dedicado a la cobertura de los sectores salud, economía, desarrollo sostenible, política sociedad y género. Hoy por hoy labora en Univisión, Red de Medios. Su principal interés es el periodismo científico y algunos de sus pasatiempos predilectos son la lectura, la natación y el trabajo en obras de bienestar social.

Correos: oficinacomunicacion@univision.com
jmejiaz@hotmail.com

GANARSE UNA ACERA EN LA VIDA

JHONNY MEJÍAS MEJÍAS

Los gritos dentro de la casa se escuchan en todo el vecindario:

—¡Vete hija vete! Solo si hay zopilotes encima del techo es que estoy muerta, de lo contrario no dejes que nadie abra. He decidido vencer esta adicción. Ya eres mayor, hazlo por mí —exclamaba Ale con sus ojos que enfocaban la tristeza de no cumplir con la promesa que tantas veces le había hecho a su hija.

El término *abstinencia* no era un vocablo que conocía con facilidad. Jamás lo había escuchado, pero los síntomas eran terribles: sudoración, temblor en las manos, miedo, mucho miedo, así como el recuerdo de su infancia. El tiempo fue su principal testigo. Supo que su existencia no sería la misma, que su pobreza alguna vez le podría pasar la factura, pero qué podía pensar una chica de 14 años, si dicen que los adolescentes viven en un mundo de fantasía.

El caminar por las tardes cerca de la playa era su alegría. Muy cerca, en la región de la costa pacífica de Costa Rica, aquella niña contoneaba sus caderas al caminar cual mariposa libre de bello color, y no faltaban los silbidos abusivos de algunos hombres, aquellos que esperaban al menos ser mirados por esa morena.

Su infancia transcurría como la de cualquier niña de barrio pobre en cuya mente solo existen tres alternativas para salir adelante: ser novia de un narco para tener dinero como algunas de sus amigas, embarazarse pronto y así encontrar un hombre que las quiera, o en última instancia estudiar mucho y hacer carrera, cosa que Alejandra tenía claro, deseaba ser publicista, porque según le habían dicho sus amigas, su creatividad la llevaría muy lejos.

El timbre del colegio anunció la salida. La brisa de lluvia rozaba las mejillas de Alejandra que apresuraba el paso para llegar a su casa antes de que la tormenta llegara a su cuerpo.

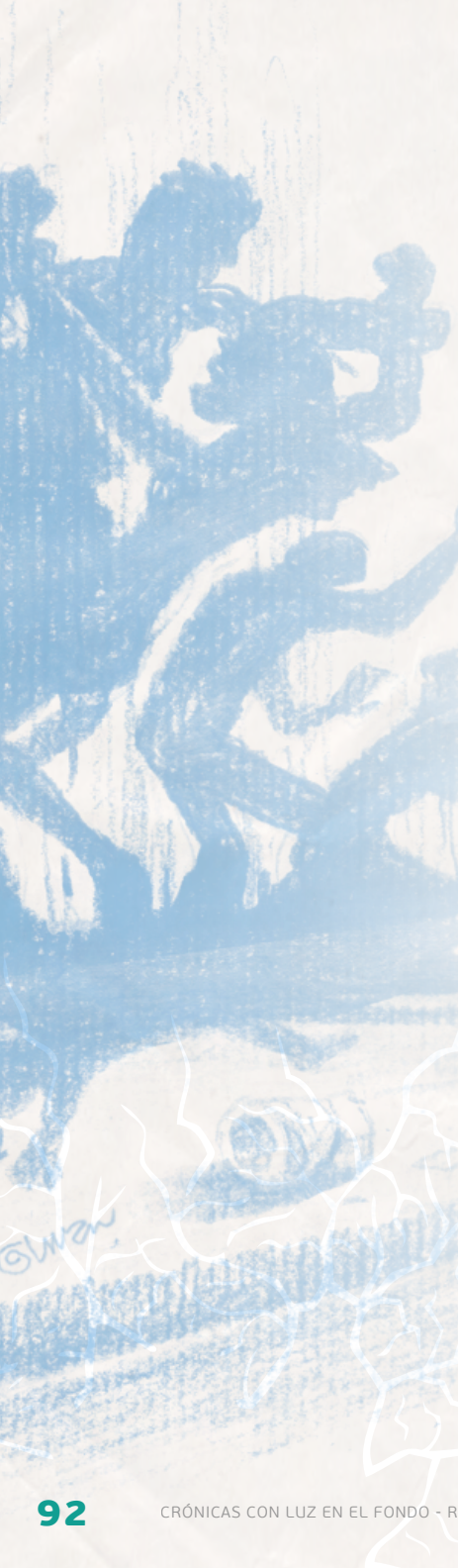
Síntesis

Alejandra debe abandonar su ciudad natal y desplazarse a San José, luego de ser abusada sexualmente por su padrastro Juan. Ella deja amigas, familia y experimenta una nueva vida, muy lejos de lo que imaginó: un camino lleno de retos, adiciones y prostitución. Deja el nombre con que su madre la bautizó y toma el seudónimo de Kilia.

En medio de la soledad de la noche conoce a Mitzy, quien se convierte en su protectora y amiga. Empieza la lucha por ser una trabajadora sexual y ganarse un espacio en la acera.

El tiempo pasa y con él llega el amor, un amor fugaz, de dinero, de una o varias noches. Fruto de ello nace Keyla, una niña que levanta en su madre el espíritu de la restauración, del cambio. Entre la fuerza, la decisión, el deseo, el sexo, el maltrato, el olvido y el sufrimiento, un destello de luz le abrió la puerta para pintar y diseñar su propia vida, empezar de nuevo a ganarse un espacio en la acera, pero esta vez en la acera de la vida.

Con esta historia pretendemos hacer reflexionar sobre la importancia de que la sociedad civil, el Estado, los organismos internacionales y otros entes brinden oportunidades a mujeres, hombres y jóvenes para restaurar su vida, que sean la luz que muchos esperan para salir adelante.



—Ya llegué mamá —gritó la niña, pero el silencio fue su respuesta.

Subió las escaleras de aquella casa cuyas paredes estaban forradas por latas.

—Uhhh que lluvia —susurró Ale, como comúnmente la llamaban, mientras se desnudaba lentamente, pues su ropa del colegio estaba mojada. Un escalofrío recorrió su espalda, algo le hacía pensar que no estaba sola.

El sonido de los pasos que se acercaban rápidamente la paralizó, pensó que podría ser su padrastro Juan, pues sería el único que siempre estaba temprano en la casa; cuando al fin pudo reaccionar, corrió a cerrar la puerta de su habitación, pero una presión sobre la puerta se lo impidió. Sí, era Juan, el compañero sentimental de su madre.

—¿Qué hacés vos? Salí de mi cuarto —exclamó ella: su corazón palpitaba a mil, sus ojos le provocaban miedo. El hombre era demasiado cariñoso para su gusto.

—No tengas miedo soy yo, Juan —sintió revolotear mariposas en su estómago—. Solo quería decirte que tu madre va a llegar tarde hoy. Es solo para que los sepás —dijo con una sonrisa sarcástica.

Esa frase le daba vuelta en su cabeza ¡tu madre llegará tarde! De nada le valió esconderse debajo de la cama, esa noche empezó su infierno.

—No lo hagas, no lo hagas —gritaba—. Juan, se lo voy a decir a mamá.

Miriam, una vecina al escuchar los gritos de auxilio solo apostó por colocarse una almohada en las orejas, y repetir eso no es problema mío, no me voy a meter en problemas.

Como pudo, la niña subió a su cama, despojada de sus ropas. Sabía que una vez que esto pasara no se iba a detener, porque nadie le iba a creer, dirían que eso había sido por su culpa, tal vez ella lo había provocado.

—¡Cállate! Me vale un carajo lo que quieras decirme, ¡te odio!

—No sé qué hacer con esta niña Juan —exclamó la madre de Ale—. No entiendo qué le pasa, está como loca.

Un silencio marcó una corta pausa.

—No hagas caso —dijo Juan—. Ya sabes que esa niña solo quiere llamar tu atención.

La niña no pudo más.

Fue un 16 de marzo de 1986. El sonido de la sirena en las patrullas se escuchaba cada vez más cerca. El corazón de Ale parecía que se le iba a salir por la boca. En su mente se decía "Dios llegó mi tiempo, al fin alguien le hacía justicia". El oficial se bajó de la patrulla caminó lentamente hasta tocar la puerta de aquella casa, no se había equivocado, era la casa adecuada, estaban en el lugar indicado.

—Buenas tardes —dijo el oficial.

Con rostro angustiado la madre de Ale, preguntó:

—¿Señor a quién busca?

—Vengo a llevarme detenido al señor Juan Valle ¿Vive aquí?

—Sí señor, pero me puede explicar para qué lo busca...

En los ojos de la madre de aquella niña no tenían cabida aquellos horrores que los oficiales le decían...

—Mire señora, según la denuncia interpuesta por el centro educativo de la localidad, su hija ha sido violentada sexualmente por su compañero sentimental... —de repente un grito enmudeció la lectura de la denuncia.

—¡No es cierto! ¡Esa niña es una mentirosa!

Las luces de aquella ciudad, las que alguna vez soñó conocer le dieron la bienvenida a una niña que solo buscaba huir del abuso de su padrastro del tormento y la decepción. Eran su única oportunidad de una nueva vida, lejos de aquel pasado que no deseaba recordar. Su madre la había llamado mentirosa. Ahora sola, sin amigas ni familia, las noches frías de San José fueron su cobijo y la necesidad su razón de vida.

Un carro se acercaba lentamente. Su perfume se diluía con la fuerza del viento. La ventanilla del carro se abrió, y una voz desde adentro:

—¡Hola guapa! ¿Buscas algo?

Era ella. Caminaba contoneando sus caderas, una morena de fuego de esas bellezas que existen en la costa. Quería engañarse pensando que ya no era una niña. Ahora su nombre es Kilia, una adolescente de 16 años.

Kilia voltea como quien no quiere la cosa.

—Son cuatro mil colones oral y ocho mil lo demás.

El hombre posa su mano sobre el asiento vacío junto a él en señal de trato y dice:

—A papi solo bebés le gustan.

¡Chao! —grita Kilia a Mitzy su mejor amiga.

Mitzy se acerca y le dice al hombre dentro del auto:

—Me la cuida, porque de lo contrario, se la verá conmigo.

Mientras el carro se aleja, Kilia recuerda la primera vez que ella llegó a esa zona, donde se reúnen las trabajadoras sexuales, hoy sus compañeras. Sintió la amenaza de quienes se han ganado su espacio por derecho. “Aquí no aceptamos más putas”, gritaban. De repente como una fiera sobre su presa saltó una mujer entrada en edad, cabello rubio, de verbo ligero, pero con una astucia imparables: era Mitzy, cuya voz hacía retumbar cualquier suelo. “A partir de ahora es mi protegida y a la perra que no le guste que lo haga saber y lo arreglamos de una vez”. Ese fue el inicio de una gran amistad.

Cada noche es la misma historia, aunque el protagonista sea diferente, más bajo, más alto, calvo, joven, viejo. El tiempo pasa y este no perdona. En lo único que piensa Kilia, que ahora tiene 27 años, es en el recuerdo de la primera vez que una conocida, en un bar de San José, se acercó y le dijo: “Mirá, con ese cuerpo yo estaría haciendo plata”.

Al final de su jornada laboral, Kilia regresa a su casa, observa a Keyla su hija de 10 años producto del amor que una vez sintió por aquel cliente. La abraza y mientras ella duerme susurra: “Te prometo rescatar mi vida. No quiero una existencia así. Parte por parte me voy a restaurar, en especial por ti y por mí”. Dijo desde su corazón.



Sin embargo, poco le duró esa promesa porque cuando las facturas de pago llegan a casa y el hambre aprieta, no queda otra opción que buscar el billete. Se alistó como siempre y tomó camino a la calle. La ciudad pintaba prometedora, sería una buena noche. Un vehículo de lujo se detuvo a su lado. “Ohh sí”, pensó Kilia, “este es un pez gordo”, mientras mostraba sus mejores ángulos tal como se lo había enseñado Mitzy. El hombre abrió la puerta. Un aroma a maderos la sedujo y le hizo pensar que éste era el indicado. El camino de siempre, al mismo motel donde acostumbraba a llevar a los VIP. Al llegar se despoja de sus ropas y dice: “Empecemos de una vez”. Kilia presentía un miedo extraño, algo que no podía explicar.

—Sabes —dijo el hombre: quiero que me muestres tu espalda; es algo que me excita demasiado.

—No hay problema —contestó Kilia.

De repente el frío de una navaja abrió lentamente su piel. Un grito desde lo más profundo de su ser brotó. Corrió como pudo. Salió de aquel lugar como alma que lleva el diablo. A partir de ahora siete puntadas en su espalda serían el recuerdo de aquel momento, en que por primera vez sintió que la muerte la abrazaba.

En su mente recuerda las tantas veces que había escuchado hablar de los peligros de la profesión y de las veces que las chicas hablaban de una fundación donde se crean ideas productivas para mujeres en su condición de vulnerabilidad. Kilia pensó en ello. Se miraba al espejo y recordaba a Mitzy, su mejor amiga de la calle. Sus palabras habían calado muy fuerte: “La soledad es un mal consejero”. Pero para Kilia es la oportunidad de soñar, no como las “barbies” o las reinas de belleza, sino como la mujer real. Pero, ¿acaso no puede pensar en esa posibilidad de ser valorada como mujer? La marca de un lápiz labial pintado en el espejo es la nueva promesa de no volver a esa verdad.

Dos meses han pasado desde el día que decidió dejar todo, 60 días de unir cada uno de los pedazos de su vida pieza por pieza, como quien fuese un rompecabezas, cada una debe calzar, cada una debe ser desdoblada. Ella lo sabe. Mientras, se ha integrado a sus clases de diseño gráfico en la fundación de mujeres trabajadoras sexuales.

Ahí comparte con otras mujeres igual que ella, recuerda la primera vez que luchó por su espacio, pero este espacio sería para toda su vida. Ella sabe que algunas solo van porque reciben ayudas económicas adicionales. Sin embargo, para Kilia, hoy Alejandra, su mente no se aleja del sueño de obtener su diploma en diseño y tener su propia empresa.

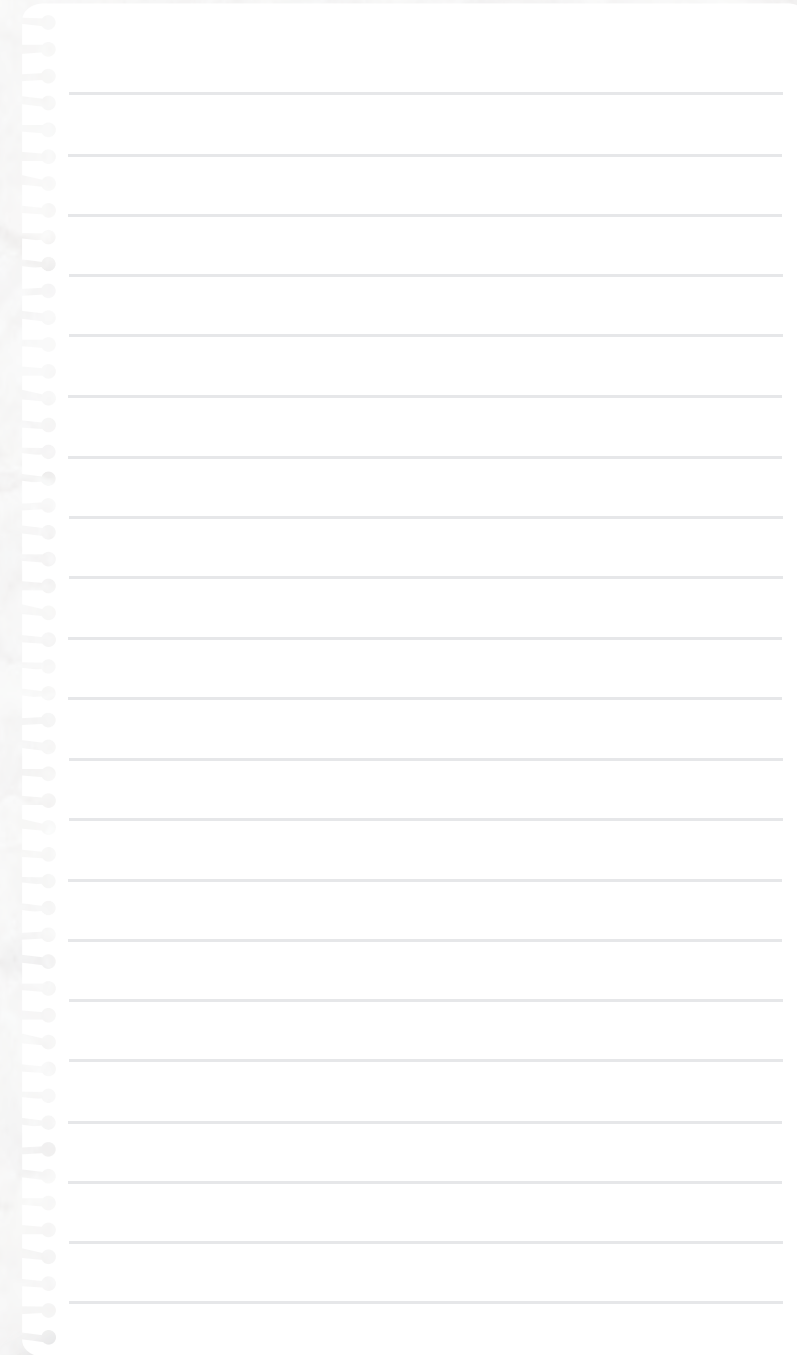
Es tiempo de volver a la acera de la vida, pero esta vez a una que incluya a Keyla su hija, la cual constituye su familia, su verdadero apoyo. Ella sabe que se ha hecho daño, que ha hecho daño a quien más la ha amado en su vida, pero comprende que la unión de sus partes no es cuestión de cerrar los ojos un minuto y abrirlos como si nada hubiese ocurrido.

Una noche la emoción pudo más y decidió volver a la calle donde tantas noches trabajó, donde había vertido sus años mozos, sus tacones altos golpeaban con fuerza el piso, su perfume se diluía con el viento. De repente escucha una voz en medio de la oscuridad.

—Ni te canses buscándola, ayer la mataron.

Su rostro palideció, su alegría se volvió decepción, pues tantas veces, mientras los clientes llegaban, en esa misma maldita esquina, le contaba a Mitzy que se saldría de ese mundo. Siempre supo que ella no le creyó. Las aceras camino a su casa se hicieron interminables. “¿Por qué en lugar de juzgar, las personas no se unen para brindar oportunidades a mujeres en nuestra condición?”, se preguntaba. “Solo sé que siempre hay un momento para quebrar el eje”.

Un día, el menos pensado, llegó a sus manos el trabajo que jamás imaginó. Los vellos de su piel se erizaron, las lágrimas intentaban salir de sus ojos. Era la oportunidad de hacer algo por las Mitzy que cada día llegaban a ese camino. Una campaña gráfica para dignificar y hacer valer los derechos de las mujeres trabajadoras del sexo. Pieza por pieza armó cada una de las imágenes que serían el reflejo de su vivencia, impregnadas de su experiencia. Alejandra logró tener su propia empresa de diseño gráfico. Otra promesa más cumplida. Y aunque logró su ideal, no olvida que la vida es una gran acera donde debes ganarte un espacio para construir y restaurar tu propio destino.



TRAGADA POR LAS FRONTERAS

Gloria Silvia Orellana Quintero



Gloria Silvia Orellana Quinteros

Nació el 19 junio de 1959 (El Salvador).
Licenciada en Periodismo y actualmente labora
en el *Diario Co Latino*. Sus pasatiempos favoritos
los constituyen la lectura y la danza.

Correo: gqsilvia@gmail.com

Síntesis

Gloria, una madre de San Salvador, busca incansablemente a su hija Karina, una joven de 16 años quien desapareció presuntamente a mano de las maras. Karina luchaba por alejar a la juventud de la violencia, pero quedó atrapada en sus garras, allá en la colonia La Iberia, uno de los 10 lugares más peligrosos del país.

Gloria, como si fuera ayer, lleva consigo la imagen de la última vez que la vio. Los postes, paredes y cualquier lugar son testigos de la búsqueda desesperada de una mujer que no se resigna a aceptar el “deje eso así” que muchos le recomiendan. La falta de apoyo de las autoridades es el mayor sin sabor que tiene.

El propósito que esperamos con este textos es crear conciencia de la importancia de brindar apoyo a los familiares de las víctimas de la violencia que requieren y deben contar con una justicia pronta y cumplida.

TRAGADA POR LAS FRONTERAS

GLORIA SILVIA ORELLANA QUINTERO

Las súplicas de Gloria Virginia para que su hija se quedara en casa fueron en vano. Karina arregló su ondulado cabello y se vistió para ir al trabajo: un puesto de venta de ropa en una calle del bullicioso centro de San Salvador. Era una buena oportunidad para obtener algo de dinero para los gastos del hogar en las fiestas de fin de año.

—¡No va a pasar nada! —dijo Karina tratando de calmar los temores de su madre.

Luego de despedirse abordó un microbús de la Ruta 140—E. Era la mañana del 4 de octubre del 2010, y fue la última vez que habló con ella.

Los temores de Gloria no eran una premonición antojadiza. La discusión de Karina con una joven ligada a las pandillas era suficiente alarma para pensar que podría tener consecuencias.

Ese fin de semana previo a su desaparición, en un juego de softball, se selló posiblemente su destino. Luego de celebrar el triunfo de su equipo Karina se dedicaba a guardar los implementos deportivos, cuando una joven le dio un empujón y cayó gradas abajo.

—Mi hija se levantó y le dio un bofetón. La otra le dijo que no iba a vivir para contarle. Karina le restó importancia. Veinticuatro horas después desapareció.

Para Gloria Virginia Quintanilla, la justicia en el país es una nebulosa llena de entresijos y puertas falsas que le han impedido encontrar a su hija de 15 años, desaparecida en la Colonia Iberia de San Salvador.

Su sentimiento de angustia sólo lo supera la sensación de impotencia frente a las autoridades policiales y fiscales que no han mostrado interés o avances significativos en la búsqueda.



Tampoco las visitas al Instituto de Medicina Legal le han dado resultado. La sola idea de encontrar a su hija en la fría plancha de la morgue ha minado su fortaleza.

—Una vez, a medianoche, con mi hermana llegamos a Medicina Legal. Llevaba su foto. Habían encontrado a cinco niñas que ningún pariente había llegado a identificar. Le di la foto al forense y me dijo: “Mejor usted no entre”. Le vi su cara muy asustada, me puse bien mal y lloré.

Al final sólo mi hermana entró a verlas y me dijo después: “No es ninguna de ellas”. Eso me alivió un poco esa noche.

Karina tenía una vida activa y cumplía sus asignaciones de reina de su municipio natal, apoyada por el gobierno local. Impulsaba iniciativas en deportes y danza, en busca de arrebatar de la violencia a la juventud de la zona. Sin embargo, la corona resultó demasiado pesada. Su madre reconoció que ninguna de las dos quería esa responsabilidad.

Por su trabajo con la población juvenil, Karina no era ajena a los casos de violencia por la rivalidad entre pandillas. Era una civil que cruzaba a diario el Parque Central, considerado línea fronteriza y, por tanto, de constante disputa. Por su peligrosidad ocupa el décimo sexto lugar por el accionar de la violencia entre los 19 municipios de San Salvador.

San Martín cuenta con una extensión territorial de 55.84 kilómetros cuadrados. Hasta hace algunos años era tradicionalmente agrícola. Luego dio un giro con la emigración de una parte de su población a Estados Unidos. En la actualidad, el 7.6% del total de las remesas familiares son captadas por esta ciudad.

En vísperas de cumplir sus 16 años, Karina acumulaba dos experiencias riesgosas: la primera fue una persecución de un par de jóvenes de una pandilla cuando iba camino a su hogar, y la segunda, el altercado con una joven de la pandilla contraria que la amenazó en público, cuyo motivo pudo ser la rivalidad adolescente. Esta intimidación, a su madre le provocó un vuelco al corazón. Ella le insistió en que no saliera de casa por temor a las consecuencias que podría generar este hecho.

Ninguno de estos elementos, que documentan la denuncia de Gloria, logró una acción inmediata de la Policía Nacional Civil (PNC). El hecho de esperar 48 horas para dar curso a la denuncia del desaparecimiento de un familiar es para ella el principio del problema, que aleja las posibilidades de encontrar a las víctimas.

Muchas veces Gloria Virginia y sus hijos cumplieron la regla de oro del Proyecto habitacional Santa Teresa en la que reside la Mara MS—13: “Si usted no se mete con la gente, la gente no se mete con usted”. Es una medida de convivencia con la solidez de una pompa de jabón.

Las autoridades policiales llevan un registro de las denuncias de desaparecidos: en lo que va del año se documentan 271 denuncias. Saúl Ernesto Tobar, del Centro de Operaciones y Servicios (COS), reconoce que las desapariciones en mayor número se dan el departamento de San Salvador y que se vinculan con frecuencia a los jóvenes del sexo masculino.

El fenómeno, explicó Tobar, ha dejado un registro de 158 casos de desapariciones, mientras que del sexo femenino eran 113, y el rango de edad más afectado es entre los 13 y 18 años, pues registró 84 víctimas, mientras que entre los 19 y 30 años sumaron 69 casos.

Otras estadísticas confirman que las desapariciones ocurren entre las ocho de la mañana y las tres de la tarde, un cúmulo de 123 casos se han reportado en este lapso.

La disposición de las autoridades encuentra su propio valladar en el sistema mismo, explicaba el Subdirector de Investigación, Romeo Pereira, porque la base de datos de desaparecidos puede estar inflada, por falta de coordinación en la expedición de informaciones de los casos.

La queja del funcionario policial es que muchas personas se presentan para su denuncia, pero si la persona aparece meses después no existe aún un mecanismo que les permita descartar el estatus de desaparecido.

Igual ocurre con las personas que emigran hacia Estados Unidos por vía terrestre, ya que por meses pierden la comunicación con sus familiares. Entonces esta falta de control también puede influir en cifras no fiables de desaparecidos.

Gloria no sabía de la existencia de la Colonia Iberia, un conjunto de casas apretujadas dispuestas en laberínticos pasajes y puntos ciegos que solo sus residentes conocen a la perfección, y que han sido edificadas arquitectónicamente a capricho o por recursos económicos de sus propietarios.

Conocido como un cinturón de pobreza de los más antiguos en los contornos de la zona industrial de San Salvador, allí han afincado su hogar grupos de población que han sido desplazados por motivos económicos y sociales.

Fue en mayo de 1965 cuando llegaron sus primeros fundadores en carácter de *damnificados temporales*, luego del terremoto que destruyó cientos de hogares de adobe y bahareque de la capital. Se instalaron en champas de plástico o cartón y el gobierno de turno les prometió reubicarlos y mejorar sus condiciones de vida.

Luego, la segunda oleada llegó en la década de los ochenta, cuando el conflicto armado desplazó la población del interior del país hacia la capital. La mayoría eran campesinos que huían de los enfrentamientos entre la fuerza insurgente y el ejército.

Actualmente, los placazos o grafitis en las paredes de las viviendas anuncian una nueva generación de residentes en La Iberia que suman ocho colonias en total, que por ahora ejercen control y poder territorial.

Lo único inamovible de esta zona es su vinculación de ser refugio de algunos ladrones, homicidas, vendedores de drogas y ahora pandillas. En este mundo la autoridad no tiene injerencia; no obstante, existe un grupo de personas que trabaja y ha creado mini maquilas que dan empleo a buena parte de la población del lugar.

—Seguía marcando el teléfono de mi hijita. Ya era de noche cuando me gritó un hombre “¡No la busques más, está enterrada en La Iberia!”. Eso me hizo llorar... es terrible.



Esa frase aún estremece a Gloria, le hace recordar que su corazón se convirtió en una realidad que cambió su vida para siempre.

—Yo no soy quién, solo quiero que me entreguen el cuerpo de ella, que me digan dónde está enterrada. No puedo quedarme así, cuando me la han tirado a la calle, como si fuera un perro.

Gloria sabe que su hija desapareció en La Iberia, porque se lo contó alguien que no puede identificar, porque tiene miedo de que le pase una situación similar a la de Karina. Y cuando le anunció al subcomisionado de la policía a cargo de la investigación que iría a buscarla sola, le recomendó:

—No se vaya a ir a meter ahí, es peligroso —el motivo principal: no tenían el requerimiento fiscal para entrar en la comunidad.

La madre de Karina narró que su hija le preguntó al cobrador “¿A dónde queda la colonia Iberia?”. Recibió las referencias y señas del lugar, bajó del automotor y corrió hasta perderse entre la gente que circulaba por la calle ese día.

Al unir las últimas acciones de su hija, Gloria supo que su hija lloraba y afligida respondía en su teléfono personal una y otra vez: “No...No... No...” al misterioso interlocutor que le dio órdenes que ella acató de inmediato.

—Recuerdo que llevaba un pantalón de mezclilla de tono azul negro, zapatos de deporte con rayas blancas a los lados, una blusa morada con zipper al frente y unos aritos de caracol.

La desesperación de Gloria la llevó a ser víctima de otras personas. La foto de su hija y su número telefónico en los medios de comunicación se convirtieron en puertas para extorsionarla. Le pidieron cinco mil dólares y otros le exigieron tarjetas de saldo para teléfonos celulares a cambio de devolverla.

Uno de los investigadores policiales le confirmó la falsedad de las llamadas telefónicas, hechas por una banda de ladrones y pandilleros que se aprovecharon de la divulgación pública de sus datos personales.

—He pegado la foto de mi hija y el número de teléfono en cada poste, pared y portón que he encontrado y no he avanzado. Los policías no me ayudan. Me siento sola en esta situación. Me mandaron

con unos detectives especiales que no han sido gran cosa: solo dicen que el caso está en la Fiscalía. Siempre pregunto y no me han dicho nada.

El miedo es un compañero constante y debilita su ánimo. Así que tomó una decisión radical para proteger a su otro hijo: dejó atrás su hogar y negocio de refrescos y comida en San Martín, luego de que la sensación de inseguridad en su casa se hizo más evidente con la desaparición de Karina.

—Ellos están en todas partes. No sé cómo, hace poco me cayó una llamada y me dio escalofrío. Era un hombre diciéndome: “¿Por qué no se regresa a la colonia?, lo que pasó, ya quedó en el pasado”. No sé por qué me lo dijo... solo le dije que no podía, que estoy grave en un hospital curándome de una operación y colgué... Mi hija quería ser doctora, iba a estudiar el bachillerato en salud, y la perdí...

Gloria Virginia, como muchas madres, padres y familiares, ha experimentado que la justicia tradicional muchas veces se queda en intentos de persecución de delincuente como la única respuesta, sin pensar en apoyo psicológico para los familiares de la víctima, sin informarles sobre los avances del proceso. Esto confirma la ausencia de una respuesta del Estado ante un problema tan cotidiano. Pero también pone de manifiesto la percepción errónea de que el problema es exclusivo de su comunidad, y brinda como única respuesta y alternativa a las víctimas: la resignación.

